

Año XX. Vol. II.

Nov.-Dic., 1940.

BABEL

14

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

Una visión más elevada del nuevo mundo

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

SYDNEY HOOK	Anatomía del Frente Popular
MANUEL ROJAS	Deshecha rosa (Poema)
LUIS FRANCO	Participación argentina
ENRIQUE ESPINOZA	La escuela de Sarmiento, II
LAIN DIEZ	Renta, Selección, Aptitud
JEF LAST	Testimonio holandés
LEOPOLDO LUGONES	A los republicanos españoles
	«Don Alberto Blest Gana»

NASCIMENTO

BUENOS AIRES

SANTIAGO DE CHILE

MEXICO

COLABORAN EN ESTE NUMERO

SIDNEY HOOK.—Presidente del Departamento de Filosofía de la Universidad de Nueva York. Autor, entre otras obras, de un libro titulado "Para comprender a Carlos Marx", cuya traducción española se anuncia en México. En el número 12 de BABEL publicamos una parte de su notable ensayo sobre "El humanismo integral de Jacques Maritain", aparecido originariamente en la "Partisan Review" de Nueva York. Del mismo periódico tomamos los conceptos más generales de su "Anatomía del Frente Popular".

LAIN DIEZ.—Joven ingeniero chileno que se ha distinguido por la seriedad de sus trabajos científicos. Ha publicado numerosos estudios de carácter técnico especialmente en el Boletín de la Sociedad Nacional de Minería. A principios de este año fué destacado por la Corporación de Fomento en los Estados Unidos. Con el ensayo que insertamos en el presente número el ingeniero Laín Diez inicia su colaboración en BABEL.

JEF LAST.—Poeta holandés que luchó en las filas republicanas españolas hasta alcanzar el grado de capitán. Los "defensores de la democracia", tras de hacerle una gran propaganda periodística, estuvieron a punto de impedirle concurrir por "trotskista" al Segundo Congreso de escritores realizado en Madrid, según cuenta el mismo Last. En el número 1 de BABEL transcribimos algunos párrafos de aquel discurso memorable, lo mismo que una fina apreciación del hombre y del artista de "Zuidersée", por André Gide. El discutible "Testimonio" que ahora damos in extenso, salvo algunas líneas demasiado circunstanciales, exentas ya de toda significación, constituye el prólogo del libro, "Cartas de España" publicado por la N. R. F.

LEOPOLDO LUGONES.—(1874-1938).—Sin duda la personalidad intelectual más poderosa de la literatura argentina después de la de Sarmiento. A nadie mejor que a Lugones puede aplicarse el juicio, en forma de acusación y defensa, del poeta inglés W. H. Auden sobre William Butler Yeats, que publicamos en el número 12 de BABEL, pues también el lenguaje del autor de los *Romances del Río Seco* era el lenguaje de un hombre justo y por ese motivo los hombres justos reconocerán siempre en Lugones a un maestro.

(Acerca de Manuel Rojas, Luis Franco y Enrique Espinoza, véase las notas respectivas en el número anterior).

b a b e l

revista bimestral de arte y crítica

Año XX

Dirige: Enrique Espinoza

Vol. II

Sidney Hook

ANATOMIA DEL FRENTE POPULAR

El tiempo actual de América es un tiempo de revaluación política. Sin embargo, dicha revaluación política no ha sido expresada mayormente como una revaluación de ideas. Ha tomado más bien el camino de las maniobras estratégicas, de las alianzas y combinaciones nuevas, encarando antes que una larga perspectiva la situación de cada día. Los antiguos conceptos políticos de gobierno fueron abandonados en todas partes por inadecuados, sin ser substituídos por otros. En lugar de "ideas" o de una "filosofía" política vino la adhesión a un jefe o un partido, al mismo tiempo que cierta creencia en la irrealidad de todos los principios políticos y un sentimiento de que lo único importante es la situación de cada día. Verdad que una larga perspectiva se forma de una serie de situaciones de cada día; pero esta serie obedece al punto de vista de la necesidad o del interés general. En pocos aspectos de la existencia social o individual, vivir al día deja de ser una locura evidente. Mas lo que resulta tontería en arte, en educación, en el cultivo de cualquier especie, y hasta en el desarrollo de los negocios, es mirado generalmente como la más alta sabiduría en política. El motivo de este empirismo impragmático es simple. Las viejas fórmulas y

creencias han perdido su efecto y no vienen al caso ya. Aquellos que hacen un principio de la "falta de principios" convierten en virtud su indigencia. En vez de buscar nuevos principios directivos de acción e interpretación; en vez de revisar o modificar los viejos principios, se abandonan al curso de la confusión de los mismos.

Casi todos los caminos que en el pasado tenían hitos socialistas y revolucionarios convergen ahora hacia un hombre y una estrategia abiertamente dedicados a la defensa del capitalismo, que, a menudo, se usa como sinónimo de democracia. Ninguno de tales caminos es ahora recto.

Hay muchos mapas para orientarse; pero las justificaciones son pocas. Debemos reconocimiento a Max Lerner por su libro *It Is Later Than You Think*, uno de los pocos intentos serios de dar sentido a una política seguida por casi toda la izquierda, no obstante los trágicos resultados obtenidos allí donde fué puesta a prueba.

El argumento central del libro no es coherente. Puede resumirse así. El viejo liberalismo está muerto. El nuevo liberalismo debe aceptar "las premisas y consecuencias del colectivismo democrático" para poder imponer sus propios valores. Con todo, el desarrollo de la economía capitalista que es el contexto inmediato de esa acción política lleva a la crisis económica, al fascismo y a la guerra. ¿Cómo pueden ser evitados? El marxista de izquierda, derecha o centro está anatematizado por el sectarismo o por el oportunismo, la única alternativa por tanto es un Frente Popular de todas las clases contra la reacción y en defensa de lo que resta de la democracia. Es una política peligrosa, pero no imposible. Los peligros pueden contrarrestarse mediante una lucha por una mayor y mejor democracia con un programa constructivo que consista en salvar, primero al capitalismo de sus propias garras, gracias a un proceso de socialización gradual y fragmentario; y, segundo, derrotando a la gue-

rra civil que, "como se ha visto" estallará en cuanto se dé un paso hacia la socialización; y, por último, llevando a cabo la tarea de la socialización. Desde el momento en que el capitalismo no puede ser revivido hasta el grado de asegurar la prosperidad, no debe retrocederse un solo paso. Si los servicios sociales son suprimidos puede ayudarse a la producción, pero no al bienestar público. Aun la defensa del *statu-quo* capitalista significa un retroceso, porque el *tempo* acelerado del cambio no permite ningún *statu-quo*. Toda democracia capitalista es hoy un estado en crisis que para poder escapar al fascismo debe convertirse en un gobierno de Frente Popular de hecho, cuando no de nombre. Desde luego, el Frente Popular es algo muy precario con un fin lógicamente limitado. Lo que venga dependerá de nosotros; y más específicamente de las organizaciones obreras que harán alianzas y pactos políticos con los demás partidos; pero que evitarán caer en la politiquería.

Lerner ha tratado de anticiparse a las críticas, planteando algunas de las objeciones que surgen de este programa desde un punto de vista genuinamente socialista. Hay una franqueza que desarma en las concesiones que está dispuesto a hacer a los contradictores de su análisis. La honradez con que afronta algunas de las dificultades de su posición, permite abrigar la esperanza de que cederá en las implicaciones de lo que admite. Pero mi primordial interés yace en el planteo mismo de su posición. Porque dentro de las probabilidades limitadas de todo juicio político, creo que puede demostrarse que esta posición es contradictoria y derrotista de suyo.

Se admite en esta posición que la decadencia del capitalismo no puede ser refrenada por medidas políticas de ninguna clase. Se admite asimismo que en cualquier gobierno de Frente Popular prevalece la política del ala más conservadora, que es la que apoya al capitalismo. Sin partidos capitalistas no hay Frente Popular. Con ellos los partidos obreros se vuelven prisione-

ros del miedo, de la circunspección y de los intereses de clase de sus aliados. En principio no es posible obtener de un gobierno de Frente Popular ninguna reforma o concesión que no sea posible conseguir de una democracia capitalista normal por medio de la acción organizada de la clase trabajadora y sus simpatizantes de las otras clases que apoyan su programa. Se admite en esta posición que el primer paso real hacia el socialismo traería lo que Marx describió como la rebelión esclavista para salvar al capitalismo. ¿Puede tal movimiento sufrir efectivamente la prueba del principal partido que en el gobierno se arroga la salvación del capitalismo? Y desde que se admite la imposibilidad de retroceder o quedarse en el mismo lugar frente a la decadencia económica, ¿qué alternativa queda para el Frente Popular? Ora, presentar un programa socialista, lo que no puede hacer a causa de sus aliados capitalistas, ora, lo que es más posible, volverse el ejecutor de las propias reformas sociales de aquéllos, (juntamente con las que ha heredado) incurriendo así en el peligro de que las masas desilusionadas sucumban a la apatía o sean presa de la demagogia fascista. *Si se toma en cuenta lo admitido y lo implícito, toda la posición parece una invitación al desastre.* Es lo que surge del propio análisis de Lerner. Por lo tanto, éste debe retirar su crítica de la economía capitalista, admitiendo que todavía puede estabilizarse nacional e internacionalmente en una época de decadencia, o admitir que el Frente Popular es una ilusión peligrosa, por cuanto no puede llevar a cabo ningún cambio fundamental en el orden económico y sí hacer más fácil el camino para que los fascistas desarrollen una base de masa.

II

La confusión teórica fundamental más discutida del Frente Popular consiste en la identificación de dos proposiciones. 1.^a La clase trabajadora y sus organizaciones de masa deben consti-

tuir la base del movimiento socialista; y 2.^a la clase trabajadora y sus organizaciones de masa pueden escalar el poder y llevar a cabo el socialismo. La falsedad de la segunda proposición es evidente sobre todo, porque es dudoso que la clase obrera constituya la mayoría de la población. Pero la falsedad de la segunda proposición no implica la falsedad de la primera. El movimiento socialista debe basarse en la clase obrera porque, para mencionar solamente una de las muchas razones, su situación en la sociedad contemporánea hace que sus problemas no puedan solucionarse ni siquiera aparentemente por otro camino que el de la abolición del sistema capitalista. En esto difiere de las otras clases, por ejemplo, la del campesinado y la pequeña burguesía, que a pesar de sus cargas pueden creer en la posibilidad de una solución satisfactoria si bien parcial bajo el capitalismo. El programa socialista no puede ser quitado a los obreros así como el del capitalismo no puede ser quitado a los capitalistas.

No obstante, continúa siendo verdad que sin la alianza con los campesinos pobres y la clase media inferior, los obreros no podrán gozar nunca del socialismo en nuestro tiempo. El problema permanente de los partidos políticos de la clase trabajadora consiste entonces en educar a sus aliados potenciales mostrándoles que sus obstáculos fundamentales no pueden resolverse con los programas que contradicen las tendencias propias del desarrollo capitalista. En otras palabras más directas, el problema consiste en hacer que sus aliados potenciales comprendan que la solución socialista propuesta por la clase trabajadora es en última instancia la única solución posible para todos, productores y consumidores.

Esto requiere un empleo incansable de la técnica más efectiva de persuasión, organización y lucha partidaria por una mejora continua de las condiciones de vida. Impone una oposición a cualquier paso hacia el fascismo por avanzada que sea su terminología y la distinción más clara del stalinismo con sus fren-

tes, señuelos y cándidos. No es, como se imagina con simpleza Max Lerner, imposible para un programa que comprende los intereses inmediatos de una clase recibir el apoyo de la mayoría de la población. La historia de los partidos Republicano y Demócrata revela que se trata de una regla general en la vida política norteamericana. Es decir, la posibilidad de reunir una mayoría absoluta en torno al programa político de una clase burguesa definida.

Justamente por esta razón, porque anhela ganar aliados y simpatizantes de las otras clases, la clase trabajadora no debe unirse a un Frente Popular de partidos políticos que representan a clases distintas, para no hablar de un Frente Nacional de todos los partidos. Porque si lo hace, acepta públicamente un programa de estabilización del capitalismo, que según su propia teoría económica está destinado al fracaso. Deja, pues, a sus crédulos seguidores como presa fácil del fascismo. Las reivindicaciones y consignas de los partidos obreros deben formularse siempre teniendo a la vista las necesidades de los demás grupos que sufren la opresión y el desbarajuste del orden existente. Pero esto está muy lejos de significar una alianza con partidos de otra clase cuyos programas son en principio incompatibles con la perspectiva socialista.

Es tan asombroso como cierto que muchos de los abogados del Frente Popular confunden a éste con un Frente Unido. Al parecer, en política, cualquiera puede dárseles de experto sin estar familiarizado con la historia, la teoría y la práctica, que son la base de todas las cuestiones fundamentales de estrategia y de táctica. Un Frente Unido es un acuerdo entre diferentes organizaciones políticas con programas distintos para una acción conjunta tras un propósito determinado y dentro de un período limitado de tiempo. No es un acuerdo alrededor de un programa político común porque en tal caso lo que se obtiene es la capitulación ante el programa político del partido más conser-

vador de la coalición, según enseñan todos los Frentes Populares. Un Frente Unido es generalmente un acuerdo entre partidos políticos de la misma clase; pero en algunos asuntos específicos importantes puede representar un acuerdo entre partidos de distinta clase. Y aun se concibe que en una situación extremadamente apurada y que envuelve un peligro común, los partidos obreros, después de cautelosas precauciones y de asegurarse una total libertad de crítica, pueden formar un Frente Unido con un partido gobernante; pero sin entrar ellos al gobierno ni renunciar en ningún momento al programa propio.

La consecuencia de toda la discusión puede ser ésta. Un socialista que pide la formación de un Frente Popular sólo puede hacerlo renunciando a su socialismo, no importa cuánto lo sienta en su corazón. Un socialista que confía en el programa del Frente Popular para combatir el fascismo confía su destino a un instrumento históricamente desacreditado cuya debilidad fué establecida en todas las situaciones. Un socialista que apoya a un gobierno de Frente Popular puede ver como resultado de su programa de defensa del capitalismo, las puertas abiertas a los fascistas que son por cierto defensores más decididos del capitalismo. Hay muchos que gritan "Paz" cuando quieren la Guerra; y no pocos fascistas antes de alcanzar el poder han repudiado tal etiqueta. Fué justamente Huey Long quien dijo: "Será fácil traer el fascismo a América. Es cuestión de gritar que se está luchando contra el fascismo".

Es falso asegurar que para el socialista no hay otra alternativa que el Frente Popular. Sólo cuando la situación se ha hecho irremediable por una política errónea adoptada cuando aún había una alternativa clara, parece ser el caso. Pero también entonces es sólo el caso en *apariencia*.

II

*Apretada e intacta, construída
con elementos de lentitud y de ternura,
tú venías,
empujada por los vientos de Valparaíso
y a través de los cardúmenes de su bahía.
Por entre los álamos del Aconcagua
y tinajas hirviendo de dulce chicha,
acompañada de campesinos con las barbas mojadas de garúa
y huasos de ojos verdes, que cultivaban la poesía*

*(Clara se llamó mi madre,
y mi padre, Claridad;
y yo me llamo Clarisa:
¡miren qué casualidad!);*

*entre normalistas azules, que reían,
y novios enfermos del pulmón, que morían,
a través de niños que aprendieron a leer mirándose en tus ojos,
tu rosa cerrada para mis tres abejorros hambrientos,
traías.*

III

Fuiste mía y fui tuyo "en el oscuro pensamiento de la noche".

*Sin reservas, con locura y con ternura,
unidos en la sangre, en el aliento y en la piel
buscamos aquello que nos unía
y que nunca supimos qué era.*

*Las largas noches eran nuestras, y nosotros éramos de la noche,
trabajadores fervientes, entre murmullos
y silencios de reposo y espera,
como mineros que buscaran o como joyeros que pulieran.*

Manuel Rojas

DESHECHA ROSA

I

*Construído con elementos de timidez y de urgencia,
de pasión y de silencio;
a través de ganzúas y de ladrones hábiles,
acompañado de anarquistas perseguidos por la policía
y de cómicos que morían sin éxito en los hospitales;
entre carpinteros de duras manos y tipógrafos de manos ágiles;
soñando en la cubierta de los vapores
y en los vagones de carga de los trenes internacionales;
con muchos días de soledad y de cansancio,
sin lágrimas, con los zapatos destrozados,
por las calles de Santiago o de Buenos Aires;
ganándome la vida y la muerte, a saltos,
como los tahures o los rufianes;
cultivando, sin embargo, una gran rosa ardiente,
decidido y vacilante,
llegué donde tú me esperabas con tu ardiente rosa.*

*No traía sino mi don de hombre,
mi pequeña gracia de narrador
y tres abejorros con hambre.*

BABEL

La piel fina y caliente de tu cintura,
la áspera piel de mis piernas;
mi boca impaciente y tu boca deseosa de obedecer;
mis manos como hormigas entre tu cuerpo de panal nocturno;
tu espalda que se arqueaba y mis largos y tenaces brazos;
tus duras piernas y mis insistentes rodillas entre ellas;
mi lengua y su apasionado itinerario.
Y tu recato y mi persuasión,
y tu arrullo y mi contenido grito de hallazgo o de sorpresa:
en la alta noche, creando, latiendo, buscando,
trabajando con su propio material su gozoso y limpio destino,
esmeradamente.

Y de tu vientre
los abejorros brotaban chillando y mamando
entre mis lágrimas de hombre y tus sonrisas de mujer.

IV

Así ocho años como ocho rosas de doce pétalos
o simplemente como ocho años.

A través de sus días y sus noches
tú mirabas blanquear mis sienes
y yo veía cómo tus labios perdían su frescura.
Pero era en ti donde moría mi juventud,
en mí donde moría la frescura de tu boca.
Alcanzábamos nuestro gozoso y limpio destino.

Los abejorros mamaban y crecían;
mi madre y mis amigos,
y tus amigas y tus parientes, se detenían
y se inmovilizaban en el espacio y en el tiempo,
helados, indiferentes a los sollozos y a las lágrimas.

BABEL

Ocurrían revoluciones, y los carabineros
eximían de sus exámenes a ciertos estudiantes
y de su vejez a algunos obreros;
pero ellos, por su parte, abandonaban a sus caballos en las calles
y en los conventillos a sus viudas,
y éstas, llorando, cobraban escasas pensiones de viudez,
mientras los presidentes de Chile iban y venían
y por allá se entretenían rascándose o jugando al ajedrez.

Tranquilos, aunque envejeciendo,
contentos, aunque a veces fatigados,
veíamos caer la tarde y nos íbamos con ella,
conscientes de que atardecíamos.

V

Ahora,
desde el fondo de mi ser,
desde donde el aire se transforma en sangre
y desde donde la sangre se transforma en semen;
de más allá aún: desde donde río y desde donde lloro,
desde donde hablo y desde donde enmudezco,
desde donde me detengo y desde donde camino;
de en medio de los oscuros líquidos,
del centro de las blancas médulas,
desde la corriente de las linfas
y desde el bullir de los glóbulos;
desde donde tú puedes vivir en mí
y desde donde yo puedo vivir en tí,
tu recuerdo surge y me lame como una dulce llama,
como una dulce lengua,
¡oh, mujer, mía!

BABEL

VI

*Y busco tu rostro y tu cuerpo más allá de la muerte.
Inútilmente. La muerte no me da sino tu boca abierta
y el coágulo de sangre que salió de ella.
¿Eres tú? No lo eres. No te reconozco como muerta.*

*Busco después tu rostro y tu cuerpo
antes de que la muerte te entreabriera la boca.
Inútilmente también. Imágenes dispersas acuden:
las manos con blandos hoyuelos,
la piel clara de los muslos,
el vello dorado del pubis,
los ojos de íntimo reflejo verde,
el vientre de niña que mi amor marchitó
y que yo amaba por sus arrugas:
expresión de mi hombría y de tu feminidad.*

*Imágenes táctiles, olfativas, de sabor:
mi mano siente a veces el calor de tu cuerpo,
mi lengua el sabor de la tuya,
mi nariz tu olor nocturno.*

*Repartida a lo largo de mis recuerdos y mis sentidos,
estás en todas partes y no estás en ninguna.*

VII

*Los abejorros te tienen, sin embargo.
Aprisionada por raíces que la muerte no pudo romper,
en ellos estás, en sus miradas, en sus sonrisas, en sus voces,
y en ellos me miras, me sonríes y me hablas.*

*Y en ellos te miro, te sonrío y te hablo
mientras camino, con mi gran rosa ardiente,
hacia donde tú estás con tu deshecha rosa.*

Luis Franco

PARTICIPACION

El que esto escribe es un hombre largamente asombrado del fracaso de nuestra Argentina. Tal estado de conciencia debería implicar el de un ensimismado escepticismo, y sin embargo, no es esa su actitud, ni mucho menos. Tratará de explicarse.

Por cierto que la historia de nuestro país no está escrita y apenas si contamos para ella con algunos atisbos certeros pero inconexos. Bastan, sin embargo, para entrever sin equívocos lo siguiente: *a)* que la Revolución de mayo (1810), que no benefició propiamente más que a la clase explotadora, esto es, a los hacendados, fué hecha por ellos, que de mayordomos del rey quisieron ser patrones; *b)* que el suelo perteneció desde el comienzo a los ricos, sitios en la ciudad, y que al paisano o gaucho, tan melosamente celebrado e idealizado por nuestra literatura de corona fúnebre, le fué implacablemente vedado hasta el conato de apropiarse de una vara de suelo; *c)* que bajo los estímulos del incremento fabuloso del comercio de carne y en una tierra donde cuatro peones y un capataz podían cuidar millares de vacas, los amos se vieron en la necesidad de declarar "inapto" para la "civilización" a ese gaucho que comía de lo "ajeno", esto es, de ponerlo fuera de la ley (Decreto sobre conchabos de 1815, año en que Rosas fundó el primer saladero), y de extirparlo—lo cual se cumplió bajo los gobiernos *retrógrados* como bajo los *progresistas*; *d)* que la lucha entre unitarios y federales fué un conflicto de intereses entre los caudillos o patrones oligárquicos

de levita o kepí, de un lado, y los demagógicos de poncho, de otro, y que en tierra de amos estancieros, el estanciero más rico de la provincia más rica—Rosas—debía ser el amo del país; e) que a la siniestra realidad de los López, Quiroga, Rosas, Urquiza, etc., etc., bebedores de sangre y de sudor, vampiros millonarios, corresponde la siniestra semi-ilusión de los Rivadavia, Echeverría, Sarmiento, Vélez Sarsfield, Alberdi, queriendo *europeizarnos* o *sajonizarnos* con escuelas, constituciones, ferrocarriles, códigos y estatuas, sin tocar para nada la montaña del escándalo: el 80% del agro argentino ocupado por una gavilla de terratenientes parásitos frente a incontables legiones de trabajadores desposeídos, y unas cuantas cabezas burguesas disponiendo de todos los millones de cabezas vacunas que espontáneamente producía el país; d) que al colono europeo traído para reemplazar al gaucho “inadaptable” le ha sido igualmente vedada la adquisición de la tierra y él ha sido igualmente convertido en paria al igual que el trabajador criollo, bajo la doble explotación del latifundista local y del monopolizador extranjero; e) que mediante la siniestra coalición de nuestra burguesía terrateniente y vacuna con los amos del capital imperialista, todo el pueblo argentino ha sido sometido a la más abyecta sujeción bajo un biombo de simulacros: simulacro de independencia nacional, simulacro de libertad de trabajo, de comercio y de palabra, simulacro de igualdad y de educación para todos, simulacro de gobernantes elegidos por el pueblo; f) que así es como la realidad argentina se ofrece plagada de aberraciones y contradicciones: un país aquejado por “el mal de la extensión” y cuyas campañas permanecen casi tan solitarias como hace cien años, rechazando la inmigración europea; colonos extranjeros que después de trabajar veinte años en nuestros latifundios quedan tan desnudos como vinieron y latifundistas que pasan sus vacaciones vitícolas en todas las Jaujas del rastacuerismo y la moda; un pueblo sobreproductor de carne, consumiéndola más ca-

ra que los países que la importan; una economía ortopédica, obligándonos a producir, no los productos y cantidades que nos conviene sino los que le conviene a la economía inglesa o yanqui, un país tenido por proverbialmente rico, tratando de por sordina a un coro de provincias misérrimas, condenando a centenas de miles de hombres a la desocupación, desechando la mitad de sus soldados por insuficiencia física.

No es esta la oportunidad de entrar en la exposición de otras macizas verdades que nuestra burguesía se empeña en emboscar.

Diremos sólo que los empréstitos contratados en nombre de un país que adeuda ya más de cinco mil millones de pesos—los ferrocarriles construídos costosisimamente por el Estado y “vendidos” dadivosamente a empresarios ingleses o las concesiones de un impudicia fantástica, hechas a los mismos para la construcción de líneas de explotación privada;— la creación del *Banco Central*;—la creación de las *Juntas* reguladoras del vino, los granos, la leche, el algodón, etc., que tienden, como las otras “creaciones” a poner en unas manos—extranjeras o vendidas al extranjero—el control, categórico de toda la vida económica argentina;— la tolerancia, cuando no la complicidad oficial, con los trust del cereal o del algodón que despojan al agricultor del producto de su trabajo que ha escapado de las garras del terrateniente; las archileoninas tarifas ferroviarias; todo, todo eso, significa que bajo la zurda garantía de constitución y códigos nuestra tierra es el más pingüe campo de explotación negrera; y que nuestra muy minoritaria gran burguesía, católica y patriota y . . . prostituída hasta los huesos, entrega a las oligarquías internacionales, que le dejan caer sus migajas, los más sagrados intereses presentes y futuros del país.

Ni que decir que ese es el sentido de nuestra política vieja y nueva. No hay tal partido conservador que defienda la patria (ya sabemos que patria ha devenido la palabra más tartufa del mundo), ni tales partidos radical o demócrata que defiendan los intereses populares. Sus dirigentes son miembros y próceres de

nuestra oligarquía tentacular. Más aún: los legisladores que confecionan las leyes, los gobernantes que las aplican, son, con redoblada frecuencia, empleados y lacayos—; con deslumbrantes sueldos—aguinaldos, eso sí—del capitalismo extranjero. La burocracia semiobrera del partido socialista presta su patriótica colaboración a todo esto, propiciando reformas para corregir ciertas groserías del sistema...

Nuestra Argentina es pues una colonia modelo. ¡Qué mucho, entre tanto, que las declaraciones de nuestros primeros magistrados, los atisbos de viajeros ilustres que nos visitan, los editoriales y comentarios de la gran prensa, los discursos de nuestros parlamentarios y universitarios mayores, las doctrinas y comprobaciones de la historia oficial,—todo eso sea no sólo el muestrario de la más virginal ausencia de pensamiento verdadero, sino también la cortina de humo que esconde una realidad catastrófica! ¡Qué mucho que en un medio semejante, nuestra *inteligencia*, producto suyo al cabo, esté dispuesta sin excepción casi, a la claudicación y al acomodo, esto es, a la traición de sí misma, sea bajo la forma de ese embalsamamiento egipcio que es el indiferentismo, sea la de una lacayuna adhesión mental y moral a sus amos!

Y cómo ha de asombrarnos finalmente que una colonia, cuya clase dirigente, esto es, nuestra burguesía rampante y rapante, que nunca tuvo verdadera conexión con el suelo y con el pueblo nuestro, se vea obligada por conveniencias de oficio, a debatirse entre la simulación y el fraude y la supeditación al amo extranjero, y cuyo ideal único es el contraideal de enriquecerse; cómo asombrarnos que una mera colonia nos haya dado por cultura un irrisorio remedo de lo europeo y lo yanqui y nos haya llevado a un fracaso espiritual indesmentible, esto es, a la carencia de poder creador para todo lo que signifique valores esenciales.

El cuadro precedente difiere demasiado del que pintarrajean

tradicionalmente los devotos y propagandistas de “la grande y libre Argentina”, hecha para el consumo de la ignorancia o la bobería nacional e internacional. Sin embargo, nuestra actitud, peca de todo menos de escéptica, pues hay demasiado en que afirmar una serena fe en un más o menos próximo gran renacimiento argentino.

Desmintiendo el marasmo político del momento, contamos con una indudable tradición de lucha: ahí están las guerras de emancipación, las cruentas y larguísimas guerras civiles, y una dictadura de más de veinte años, es cierto, pero que precisó acudir sin tregua a las represiones más monstruosas para sostenerse. Continuando la gran tradición de los gauchos, hay en nuestro pueblo un seguro instinto de rechazo y aun de burla hacia todo lo que provenga de “los de arriba”. No en vano nuestra mayor o única hazaña literaria, el *Martín Fierro*, tiene todo el sentido de un proceso popular a la opresión, y la explotación de patrones y gobiernos.

Ahora bien, la actual guerra va a significar sin duda el hundimiento definitivo del mundo capitalista—incluso el Imperio Británico—y la emancipación de los pueblos coloniales y el estallido y triunfo—aunque no sea a breve plazo—de la revolución en el mundo. Esas grandes corrientes del movimiento universal, y sus propias premiosas necesidades que ya están despertándolas darán a nuestras explotadas clases trabajadoras—de ciudades y campos—la conciencia de su destino, y su capacidad—, esto es, las pondrán en condiciones externas, e internas de realizar su propia política, sacudiéndose de sus tutores parásitos y echando así los cimientos de la verdadera emancipación y la verdadera cultura argentinas.

Enrique Espinoza

LA ESCUELA DE SARMIENTO

II

Dejemos de lado las traducciones o adaptaciones de las *Scènes de la vie privée et publique des animaux*, así como el artículo en que el redactor de *El Mercurio* se goza con el "raro descubrimiento" de su propio plagio, para ocuparnos de la segunda parte de la famosa polémica y ver de una vez cuánto se ocultaba detrás de aquella mera cuestión literaria.

El prospecto de un nuevo periódico, *El Semanario*, que lanzan a raíz de su derrota inicial los epígonos de don Andrés Bello en Santiago, permite a Sarmiento una confrontación definitiva de sus principios sociales, que como sabemos, no separaba en la práctica de los literarios.

El argentino los recuerda juntos al saludar en nombre de *El Mercurio*, al incipiente colega, celebrando al mismo tiempo que los jóvenes intelectuales chilenos se decidieran, según sus consejos, por tal camino. El poco anónimo redactor no parece dolerse demasiado del olvido injusto a todas luces en que dichos jóvenes sepultan su influencia bienhechora desde *El Mercurio*. Con su propia pluma deja constancia de lo que le corresponde como teórico notorio que no ha dejado "de llamar diariamente por la amonestación, por el convencimiento, por las pullas, a la juventud a ocuparse de los intereses de su país". De firme interroga a los que más tarde había de llamar los "semanaristas"

BABEL

instándolos a sincerarse sin ninguna pretensión de espontaneidad, y a rastrear el móvil profundo que los ha asociado por rebote. Asombra, en verdad, la justeza con que Sarmiento aprecia antes que nadie el valor permanente de los escritos recién salidos de su pluma. En este mismo comentario al *Prospecto* que precede a la segunda polémica, Sarmiento acusa una conciencia muy clara de lo que corresponde al periodista en la realización y difusión de las ideas que los hombres se proponen llevar a la práctica.

"Los que escriben para la prensa—dice—no son por lo general inventores, su tarea es generalizar verdades expuestas en libros, y su sólo trabajo y talento, hacer de ellas aplicaciones exactas y conforme a los intereses de la sociedad en que viven".

Sobre este último punto, Sarmiento insiste especialmente:

"Las doctrinas políticas, literarias, etc., que manifiesta un escritor de periódicos, revelan cuando más las fuentes de que se alimenta, el partido o la escuela a que pertenece".

Y antes de hablar de la suya, como lo hará en extenso a lo largo de la renovada polémica, establece primero qué entiende por escuela o partido. No deja de ser curiosa la aclaración del ya entonces conocido pedagogo, fundador del Colegio de Santa Rosa en su nativa ciudad de San Juan:

"Los colegios no dan luces, enseñan sólo los caminos de adquirirlos, y no pocas veces los cierran y embarazan inculcando doctrinas que los jóvenes abrazan con el calor y el fanatismo que engendra la falta de comparación".

El recuerdo del artículo de Larra le sirve a Sarmiento para volver sobre su propia experiencia en forma todavía más tajante:

"Lo que un escritor americano cree ser y es en efecto, un pensamiento suyo no tardará mucho en verlo escrito en un libro europeo, mejor fundado, más generalizado y más desenvuelto".

Por último, como preparando el camino para salirse de lo trillado con menos riesgo personal, Sarmiento concluye:

"Si todos nuestros jóvenes estuviesen persuadidos de estas humildes verdades, no veríamos a cada paso el escándalo que da nuestra polémica periodística con la irritación que excita toda idea nueva, y los insultos y vejaciones que llueven sobre el que la emite o el que pone en duda la verdad de ciertas doctrinas recibidas por la generalidad como inconcusas.

* * *

Un ataque al Romanticismo contra todas las reglas, en el segundo número del *Semanario*, provoca otra vez el estallido de las hostilidades entre Sarmiento y los devotos epígonos de don Andrés Bello, no obstante todas las precauciones filosóficas que hemos visto.

Aunque Sarmiento considera superada la escuela romántica y se declara "socialista", no deja de asumir por ello, como en el caso anterior, la defensa del árbol caído. O lo hace por lo mismo.

La nueva serie de artículos que escribe sin descanso, día a día, durante una semana, completa la otra hasta fijar definitivamente su estilo singularísimo que todos reconocerán pocos años más tarde al formidable escritor en el "Facundo" (1845).

La primera página sobre "El romanticismo según *El Semanario* empieza con la aplicación de una sabrosa anécdota criolla que revela de entrada a un maestro en el género narrativo. Su inicio no más: "Allá en tiempo de entonces y en tierras no muy remotas", se dijera una rapsodia del famoso título del libro de Guillermo Enrique Hudson *Far Away and Lond Ago*, sino supiéramos que Sarmiento lo acuña tres cuartos de siglo antes...

"El Indio Juan Chipaco", un cuento de los últimos años de su vida, (1886), nos ofrece todavía una coincidencia mayor con "El Ombú", en varios notables pasajes que son también

muy anteriores al célebre cuento de Hudson. Y es que Sarmiento, como se ha repetido muchas veces, fué fundamentalmente un novelista que no llegó a realizarse del todo a causa de la época aciaga en que le tocó vivir y los problemas urgentes y forzosos que tuvo que afrontar como ciudadano de un país en guerra por su libertad. La historia del Indio Juan Chipaco es una prueba irrefutable de su nunca desmentida vocación. Desde luego, Sarmiento no alcanza en el dibujo armónico de los distintos episodios la sabia perfección de Hudson; pero tres rasgos, por lo menos saltan a la vista con idéntico fin, en ambas creaciones. Lo que prueba de sobra el tipo de novelista que por diversos motivos perdimos a medias en los dos escritores, si bien por una sola y misma causa.

Pero limitémonos a sintetizar aquí el arranque magistral de la segunda polémica.

Después de bromear de lo lindo con la divertida moraleja de su bien contada anécdota, Sarmiento resume rápidamente la posición artificial de sus adversarios que enjuician el romanticismo por sus defectos. Adaptando esta manera para explicar otros grandes movimientos de la inteligencia, Sarmiento les muestra cuán abominables resultan la Revolución Francesa, la Independencia Americana y el propio Cristianismo "dividido en sectas que han ensangrentado la tierra durante dieciocho siglos".

Pero, ¿puede decirse,—concluye preguntando, justiciero—que tales sacudidas de la historia no han traído otra cosa que las sombras que él mismo les señala en el terrible panorama de su réplica? Si a pesar de todas las fealdades inherentes, aceptamos la luz del Cristianismo, la Revolución y la Independencia, ¿cómo rechazar entónces el Romanticismo por sus extravíos?

Con una figura que vuelve a repetir muchos años más tarde en página menos feliz, Sarmiento los invita a la humildad, para rematar según su costumbre, con una serie de proposiciones incontestables:

“¿Qué somos en todo nuestro pequeño hato, al lado del escritor más adocenado de esos que criticamos como románticos? . . . ¿Nos habrán leído ellos lo mismo que nosotros? . . . ¿En qué Chimborazo del mundo filosófico nos hemos parado para ver a nuestros piés con ojos desdeñosos a todo un Víctor Hugo? . . . ¿Qué son los más floridos de nuestros aciertos literarios comparados con aquéllos cuyos errores vituperamos?”

Y si en seguida se le escapan algunas expresiones más directas, no es como el mismo se apresura a explicarnos, para imponer respeto a favor de una escuela que considera muerta. Al contrario. Sólo pretende “que no se insulte ni aje el principio innovador de la escuela socialista que está destinada a reemplazarla”.

Por lo demás, Sarmiento recuerda que la crítica europea ha discutido ya ampliamente el Romanticismo cuando estaba vivo y que hasta nosotros no dejaron de llegar numerosos ecos de aquella contienda en la que por cierto no fué “el caduco e impotente clasicismo quien tuvo la gloria de darle el golpe mortal”, sino “otro campeón más joven, más ardiente y más temible”, cuyo nombre repetirá con todas las letras numerosas veces: “el socialismo”. El socialismo es la verdadera escuela de Sarmiento.

Con su punta de provocadora zumba insistirá más adelante:

“El socialismo, perdonémos la palabra; el socialismo, es decir, la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo”, etc., etc.

Entre tanto, volviendo a su buen humor de siempre dirá a sus contendores locales tan escasamente cristianos en resumen:

“Para escribir sobre el romanticismo después de su muerte, era preciso haber estudiado un poco su biografía; y si se quería poner sobre su sepulcro un epitafio, no debía encargarse de esta tarea . . . al que no ha oído de él sino la relación de sus faltas, sin saber nada de sus virtudes”.

Nobles palabras que concluyen con un epigrama de alcance universal en su concisión verdaderamente clásica:

“No se insulta a los muertos, y la oración fúnebre nunca fué encomendada a los detractores del difunto”.

La personalidad de don Andrés Bello queda por cierto a salvo del cargo directo a sus discípulos, porque sólo a éstos Sarmiento les echa en cara el llamarse con el paliativo de “clásicos no rigurosos”, es decir, “un poquito flojito, desabrochado, pues, sin calzón corto, ni hebilla, sino con la levita *a la dernière*, con sus visos de románticos, con sus barruntos de nada, en fin”.

* * *

Para Sarmiento, hombre de ideas claras y definidas, lo más chocante resulta no ser lo que se es, sino lo que otros fueron. Como si la historia y la vida pudieran desandar el camino hecho. ¿Cada hombre no ha de ser más que un hombre de los tiempos de Homero, Virgilio y Boileau?—pregunta lleno de intención a los arrogantes redactores del *Semanario*. En caso afirmativo, dice, “deberíamos también adoptar su política, su religión y aquellas costumbres depravadas que la ilustración del siglo no deja de motejar”. Desechando todo esto o modificándolo, cuando menos, no hay razón de ajustarse al molde de una literatura que lo refleja. Es más o menos lo que dice valientemente “Fígaro” (*). Por tanto, corresponde más bien hacer en nuestro tiempo lo que hicieron los mejores de aquellos hombres en el suyo, porque la literatura no es nunca una categoría ajena a la vida y a la historia.

Sarmiento no ve en el romanticismo sino un modo de pensar y un modo de expresar este pensamiento conforme a la época, a la

(*) “Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera ya del círculo de la revolución social en que empezamos a interesarnos, es tiempo perdido, pues sólo podría satisfacer a la última clase (la privilegiada) y esa no es la que se alimenta de literatura”. Larra. Obras Completas. Tomo III. Página 103.

civilización y a las costumbres de una etapa determinada. El romanticismo estaba muerto o moribundo en los países más avanzados de Europa cuando llegaron los ecos de su agonía hasta los nacientes estados de esta parte de América. Sin embargo, *El Semanario* que lo combate en *anima vili* a través de las representaciones teatrales que tienen lugar por aquel entonces en el Coliseo de Santiago no lo hace porque sus directores lo hubiesen superado, sino porque se han quedado en la mitad del camino. Sarmiento no les ahorra pullas de ninguna especie. Con gracia muy criolla apoda al tardío y beligerante grecorromano de turno: Don Justo Medio...

Fiel a su concepción unitaria de la literatura, Sarmiento escribe sin eufemismos:

"El autor del artículo toma un término medio entre las dos escuelas, como en política los serviles suelen disfrazar su opinión llamándose moderados o del justo medio, sin atender a la atracción de los extremos".

Los redactores del *Semanario*, consideran torpemente efímeros los escritos periodísticos del argentino: "llenos de frases ampulosas, pero vacías de sentido común". El aludido, que no se queda chiquito en su respuesta, cosa que, como ya dijimos, lo acerca a los verdaderos clásicos, les cobra la palabra presuntuosa, advirtiéndoles por su parte:

"Nosotros a imitación del Ingeniero Hidalgo, acometeremos estos odres tan repletos, cual si fueran gigantes espantables, y les haremos derramar por las heridas lo que el cerrado gollote nos niega".

El buen humor del genio resplandece en forma permanente hasta el fin de la polémica, y contrariamente a lo que pensaban sus adversarios del momento, perduran muchas de sus salidas ingeniosas y profundas como otros tantos filones de oro arrancados por sus golpes de minero (*) en la resonante cantera del viejo idioma de los Conquistadores.

(*) Lo fué de veras en "La Colorada", de Chañarcillo.

A Sarmiento le preocupa en primer término hacer saltar los eslabones de todas las cadenas,—las de hierro y las de oro, como diría más tarde Lugones,— para que el pueblo pueda gozar ampliamente de la libertad recién conseguida a costa de su sangre. El arte es la realización del hombre,— pensaba ya entonces el cíclope, aun antes de acuñar de modo definitivo esta otra frase con su propia existencia.

Pero quizá valga la pena seguir paso a paso los últimos episodios de la polémica para ver a través de qué resistencia y a qué precio logra Sarmiento realizarse como escritor, primero, y como político después, en su propia tierra.

En el mismo número del *Semanario* en que viene el artículo contra el Romanticismo, Sarmiento lee una crítica sobre "El Mulato" que encomia la tendencia social de esta obra de Dumas; y naturalmente toma dicha crítica por "la pata del gato que cogía el mono para escarbar el fuego", según anota en su pintoresco lenguaje popular.

Luego por medio de una serie de preguntas aparentemente dirigidas al crítico; pero que en realidad le sirven para desarrollar lo que él mismo piensa sobre los problemas que plantea, llega a fijar con extraordinaria lucidez su propia visión del mundo.

"En qué arte poética de Aristóteles, Horacio, Boileau o Hermosilla, —pregunta—ha encontrado el autor de aquella crítica este requisito esencial de un drama?" Y en seguida: "¿Ya Fedra, La Atalía, o las obras de Inarco Celenio, que adquieren cada día más brillo (en los estantes) descubren esa tendencia a rehabilitar al hombre que sufre las preocupaciones de la sociedad, al genio que se rebulle en el fango en que le han echado desigualdades ficticias?" Y desatado como el viento epónimo de su tierra no para: "¿Dónde encontró el modelo de esta protesta contra una división de clase ridícula e impotente? ¿En qué escuela se ha inspirado el autor de aquella crítica? Que nos responda, que no se calle también. ¿En dónde? ¿Veamos?"

Y por descontado, que sin esperar respuesta, el mismo Sarmiento se la da a continuación en tercera persona:

"En la nueva escuela, en la escuela socialista, cuyas doctrinas no ha hallado escritas en un libro; pero que se le revelan por el espectáculo de nuestras necesidades sociales; por las simpatías de nuestro corazón, etc."

Palabras sintomáticas que nos dicen indirectamente del camino por el cual llega a la nueva escuela el gran intuitivo. Después de la revolución emancipadora la realidad conducía en efecto por la ruta socialista que apenas entreveían sobre una base teórica algunas claras cabezas de Francia y Alemania.

El propio Romanticismo era según Sarmiento una insurrección pasajera. Le reconoce una obra de limpieza y derribo, pero no creadora. "¿Quién le ha sucedido en el lugar que dejó desamparado?"—insiste conforme a su estilo preguntón "¿Quién aspira al menos a sucederle?". El socialismo, etc., etc.

Y aunque los ejemplos de Beranger y Bretón de los Herberos que aduce en el campo literario como representativos de una tendencia social manifiesta, son discutibles a sus propios ojos, su invocación basta para afirmar que su socialismo no superó la etapa romántica. Y eso que señala la inconsecuencia final del romántico "Ruy Blas" de Víctor Hugo, a quien defiende, no obstante, de los ataques gratuitos del *Semanario*, cuyo crítico de teatro halla fuera de lugar los pensamientos y aspiraciones que el gran poeta pone en boca del altivo lacayo.

"¿Cree acaso que se necesita haber cursado las aulas y estudiado los clásicos para tener sentido común, prespicacia y miras encumbradas?"

De esta suerte interroga Sarmiento al semanarista teatral envolviéndolo en su acostumbrado cerco de preguntas:

"¿Cuántos papas han sido lacayos? ¿Cuántos grandes caudillos pastores? ¿Cuántos grandes reyes han sabido leer? Durante las revoluciones, ¿cuántos millares de Ruy Blas han apareci-

do los primeros por sus talentos, por sus virtudes, por su genio, por su valor?"

Sin ir más lejos, Sarmiento recuerda al orgulloso crítico la historia todavía humeante de nuestros propios pueblos que acababan de librarse de España. "La guerra de la independencia americana—dice—nos había familiarizado con estos Ruy Blas, que han aprovechado la ocasión de un sacudimiento social para manifestarse, tomar un fusil y acabar una campaña, generales, gobernadores, representantes del pueblo, y no hay República en América que no tenga hasta hoy generales que han sido en su origen verdaderos lacayos".

Por último, Sarmiento remata su defensa del hombre de abajo con unas cuantas frases sarcásticas tan notables por el vigor del pensamiento como por la solidez de la expresión. El pulso de la sangre se diría que aun palpita en estas palabras:

"Era preciso que todo un clásico viniese a ultrajar la naturaleza humana, a tomar el hábito por el monje, a desmentir la historia contemporánea y la de todos los tiempos. Y luego hallar absurdo que un lacayo de genio conciba más alto que un grande de España, estúpido. ¡Un grande de España!... ¿Cuál es el grande de España que haya tenido capacidad y talentos medianos siquiera en estos tiempos? La generalidad de los hombres eminentes de España han sido plebeyos".

* * *

Claro que Sarmiento hace en parte su propia defensa al asumir la del hombre del pueblo dotado de condiciones naturales para destacarse. Porque en el afán de humillarlo, sus adversarios, como hemos visto, sacan a relucir —oh, eterna paradoja— la aldea argentina de donde ha salido y su falta de títulos para dirimir cuestiones tan graves como son el idioma, la sociedad y el arte. No deja de intimidarle esta personalización al recién llegado, so-

bre todo, cuando se le insulta con el epíteto de famélico, por más que la fuerza sanguínea de su estilo desmiente tal afirmación a ojos vistas. Sin embargo, el inmenso luchador vuelve sobre los problemas más arduos de la refriega invocando justamente su valiosa experiencia de hombre del pueblo. El gusto por los recuerdos de su reciente iniciación literaria asoma ya entonces a los puntos de su pluma evocadora y enrostra a los que ahora blasonan de aristócratas la aceptación unánime que obtuvo su primer trabajo en *El Mercurio*, instándolos a señalar en él "los absurdos en que incurre la canalla de los imitadores románticos", según afirman.

"Si a alguna escuela—dice—pertenecía (aquél artículo) es a la escuela socialista que no escribe por escribir como la romántica, ni por imitar maquinalmente como la clásica, sino para servir los intereses de la sociedad".

Y no conforme con esto, Sarmiento se empeña en destacar la unidad doctrinaria que ha guardado desde entonces en todas las materias y la que seguirá guardando. Sus palabras no dejan lugar a dudas:

"Hemos sido y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política, o lo que es lo mismo, los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia y los móviles de la acción al establecimiento de un gobierno democrático, fundado en bases sólidas, en el triunfo de la libertad, y de todas las doctrinas liberales, en la realización en fin, de los santos fines de nuestra revolución".

* * *

Pero halagado por el gobierno conservador de Chile, que desde el comienzo reconoce su personalidad y la pone al frente del primer diario y de la primera Escuela Normal que se fundan en Santiago, Sarmiento llega poco a poco a incorporarse a la sociedad "pelucona" incurre así en lo que el vulgo llama: "darse

vuelta la chaqueta" o en una *volte face* como dirá él mismo de paso, en francés vergonzante, después de la publicación de sus "Recuerdos de Provincia", donde ya por obra del ambiente santiaguino, "sus genealogías son meras imaginaciones", al decir de su mejor biógrafo. Mas, entre tanto, el periodista que firma todavía la mayor parte de sus artículos con el provocador seudónimo de "Pinganilla", termina la polémica del idioma, mostrando las últimas consecuencias a sus propios rivales.

"La cuestión del romanticismo—escribe—que se ha presentado entre nosotros como caída de las nubes y que parece tan impropia en la época actual y en una ciudad tan positiva como Valparaíso, ha sido, sin embargo, de mucho provecho. Bajo la apariencia de una cuestión literaria, se han desarrollado principios sociales que importa a la juventud estudiosa no perder nunca de vista".

El hecho de que estos principios, apenas entrevistados en su país y en su tiempo por otro preclaro argentino, Esteban Echeverría, le sirvieran al emigrado de brújula en sus años de formación intelectual, basta para que podamos hablar hoy con justicia del socialismo como de la escuela de Sarmiento.

Bien sabemos hasta qué punto, de regreso de sus viajes a Francia y España, Sarmiento abomina del residuo romántico que llamaba socialismo. (El verdadero socialismo posterior al 48 no lo conocerá nunca). Con todo, su espíritu insatisfecho le impide quedarse para siempre en Chile, donde según su propia confesión, sólo hubiera podido ser en su especialidad lo que Bello en la suya: "un instrumento pasivo al servicio de los privilegiados".

Con la pluma y con la espada Sarmiento prosigue de uno y otro lado de los Andes su lucha contra Rosas hasta substituirlo en el poder. No descansa, sin embargo, en él. Muchas de sus mejores páginas las escribe en la mesa presidencial. Y cuando al concluir el período legal cede el sillón de Rivadavia a su joven ministro, Nicolás Avellaneda, no deja de polemizar con él me-

BABEL

diante un folleto que lleva por título: "La escuela sin la religión de mi mujer", título verdaderamente moderno, a pesar de su alusivo giro circunstancial al doméstico alegato de Avellaneda, titulado: "La escuela sin Dios".

Por su parte, Avellaneda escribirá tal vez sobre la misma mesa de la Casa Rosada, este apotegma que puede aplicarse aún hoy al mismo Sarmiento:

"Debemos ser cautos con nuestras palabras, porque aunque nosotros las hayamos olvidado, voces extrañas pueden devolvernoslas de improviso, buscando su verdad o su realización".

Pero Sarmiento no renunciará nunca por completo a su audacia juvenil. En su gloriosa vejez, al evocar justamente su iniciación literaria en Chile, encontrará todavía digno de recuerdo: "la doctrina Leckier, que niega las iniciativas de las revoluciones al pensamiento del escritor que las promueve, hallando que el mismo es sólo el eco de la conciencia pública que se ha venido formando lentamente y está ya cambiada cuando un escritor *representativo* proclama el hecho, formula la teoría".

Y es que donde hubo fuego...

* * *

Cuanto a la polémica del idioma en sí, que ha ligado para siempre el nombre de Sarmiento al de Bello, justo es que reconozcamos finalmente que la resistencia del maestro venezolano ha servido de estímulo al máximo escritor de la Argentina. Por eso quisiéramos ver pronto en la vieja Alameda de las Delicias frente a la marmórea figura en reposo del ilustre humanista, el erigido bronce estatuario del joven autor de "Facundo" y "Recuerdos de Provincia". Después de todo, Bello y Sarmiento representan a un mismo tiempo lo más antiguo y lo más moderno del espíritu criollo.

Laín Díez

RENTA, SELECCION Y APTITUD

1.—Se ha pretendido explicar las desigualdades sociales mediante la selección natural. En tal sentido se ha interpretado una analogía entre la curva de las aptitudes y la de distribución de las rentas o curva de repartimiento.

Atendida la frecuencia con que se esgrime en la propaganda antisocialista el postulado eugenésico, hemos creído útil someter a un breve examen crítico los datos que le sirven de fundamento.

Las autoridades que citamos en el estudio siguiente pertenecen al mundo científico y académico prerrevolucionario. Este escrúpulo de imparcialidad da mayor peso a nuestra tesis adversa a la objeción fundamental que se resume en aquel postulado.

2.—La distribución de los hombres según la renta que perciben constituye un caso particular de un fenómeno más general, que se observa dondequiera que examinemos un conjunto de cosas bajo un aspecto determinado. Podemos distinguir arbitrariamente cierta circunstancia común a todas las que integran el conjunto y formar grupos con aquellas que la presentan con la misma intensidad. Se observará:

1.º Que un fuerte porcentaje de los objetos considerados presenta una intensidad media;

2.º Que el número de los que se apartan poco del tipo medio es bastante grande; y

3.º Que el porcentaje de los que se apartan mucho es muy bajo.

Si disponemos una escala horizontal de intensidades y sobre una escala vertical colocamos el número o porcentaje de objetos del conjunto correspondiente a cada intensidad, se obtiene una curva que se denomina "curva de frecuencia o de distribución". Estas se encuentran en la teoría de diversos fenómenos físicos, biológicos y sociales, por ejemplo, en la teoría de la variabilidad y de la herencia.

Cuando las diversas intensidades se distribuyen regularmente a ambos lados de una frecuencia media, la curva es simétrica, de lo contrario, es asimétrica. Tal es el caso de las curvas de repartimiento.

3.—Damos un ejemplo en la Fig. 1, que demuestra en qué forma se distribuye cierta población según las diversas rentas que perciben sus componentes (1).

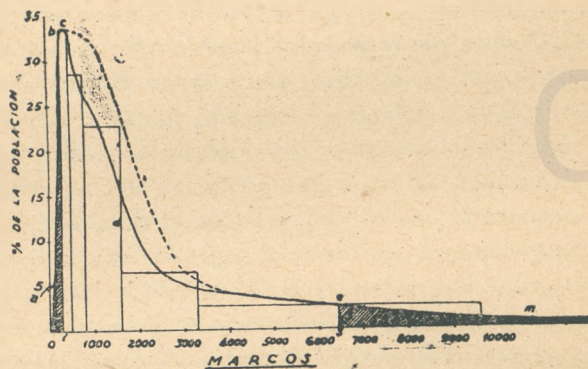


Fig. 1.—Curva de repartimientos según la estadística de impuestos de Sajonia, en 1890

Si examinamos la superficie limitada por esta curva, observaremos tres zonas. La primera, *a-b-i*, comprende a todos los individuos cuyas entradas son inferiores al mínimo indispensable para una vida normal ("*geordnete Lebenshaltung*"). Constituyen un porcentaje relativamente alto, ya que en el caso con-

siderado, en una época de excepcional prosperidad en Alemania, alcanzan al 15% de la población abarcada por la estadística, y a pesar de que hemos fijado este mínimo, siguiendo el criterio ultraconservador de Ammon, en sólo 400 marcos anuales (2).

En la región inferior de esta primera zona, de color negro, están incluidos los que ganan menos del mínimo vital, 100 m según Ammon. Su porcentaje es difícil de precisar, porque la estadística comprende en un solo grupo a los que tienen rentas inferiores a 300 m. Este grupo representa un 5,36% del total, de manera que puede aceptarse un número de indigentes absolutos igual a 1 ó 2%. Esta cifra es más alta en períodos de crisis o en pueblos de economía sojuzgada.

En esta región los individuos no pueden subsistir, ya sean capaces o incapaces. Dentro de sus límites "la selección casi no interviene, pues la miseria envilece y destruye tanto a los buenos como a los malos elementos" (3). En la región superior de esta zona, *a-b*, la selección "natural" opera con su máximo de intensidad. Las rentas no son tan altas que alcancen a salvar a todos los elementos, sean o no aptos para la lucha por la vida, ni son tan bajos como para hundir a los mejores. Según Pareto (4), en esta región "la mortalidad de la infancia es considerable y es probable que esta mortalidad sea un medio poderoso de selección".

Que este último criterio de selección es incompleto y regresivo, lo demuestra el clásico experimento histórico de Esparta. Hoy sabemos que precisamente los organismos psíquicos más complicados, por lo tanto, más valiosos, son más frágiles e inestables, en particular durante la primera fase de su desarrollo. Esto explica el hecho, a primera vista sorprendente, del ningún aporte cultural de Esparta, hecho tan insólito, que un sabio como E. Perrier ha podido atribuir la supremacía de Atenas a la tolerancia de sus ciudadanos para con los débiles (5).

Sigue la segunda zona, que corresponde a la parte blanca de la Fig. 1, de contorno *i-b-c-d-e-s*. En ella operan diversos factores de selección, entre otros que imprimen a las clases comprendidas en ella una fisonomía propia, cuyas características son: a un tiempo homogeneidad e inestabilidad relativas.

De esta zona, de la que no nos ocuparemos por ahora, proceden los elementos que componen la tercera zona (área esm). Ya ubicados en esta última, sus descendientes degeneran. Esta zona sólo subsiste merced a las inmigraciones de la segunda. Las razones de este fenómeno son numerosas aunque mal apreciadas todavía. Pareto atribuye gran importancia a la falta de selección. "Las rentas son tan elevadas que permiten se salven aun los débiles, los individuos mal constituidos, los incapaces y los viciosos" (6). La abundancia, unida a los privilegios que permiten conservarlas sin trabajo o acrecentarla sin mérito y sin esfuerzo, es un factor evidente de antiselección, cuya intensidad es tanto más sensible cuanto más encumbrada la categoría social alcanzada.

Tal como en la primera zona, podemos distinguir una pequeña región de ineficacia selectiva casi absoluta, *m* en la figura, y otra de relativa ineficacia, con porcentaje de 0,7 y 2,6 respectivamente para el caso considerado. Estas cifras son naturalmente aproximadas.

4.—Algunos autores han pretendido establecer una correlación estrecha entre la categoría social y las aptitudes. Así, apunta Ziegler, de acuerdo con Ammon: "Luego es un error creer que en las clases llamadas inferiores existen numerosos talentos que se ven impedidos en su desarrollo únicamente por obstáculos exteriores. Las máximas aptitudes intelectuales son más frecuentes en las llamadas clases altas que en las inferiores" (7).

En prueba de su aserto recurre nuestro autor a una aparente analogía entre la curva del repartimiento observada en Sajonia en 1890 y la curva de frecuencia de las aptitudes establecidas

por Galtón... para Inglaterra un cuarto de siglo antes (8). Lo más curioso es que la semejanza de forma es el resultado de un artificio de construcción que el escaso sentido crítico del autor no advierte. En efecto, si disponemos sobre una escala horizontal las catorce aptitudes consideradas y verticalmente disponemos las frecuencias respectivas que encontró Galton, se obtiene una curva simétrica, como en la Fig. 2. Hemos escogido la misma escala de porcentajes para las frecuencias que en el ejemplo primero. Una ojeada basta para convencerse de la absoluta disimilitud de ambas curvas. La segunda, cuyo análisis merecería un comentario aparte, es de una simetría perfecta, mientras que la primera es notablemente asimétrica.

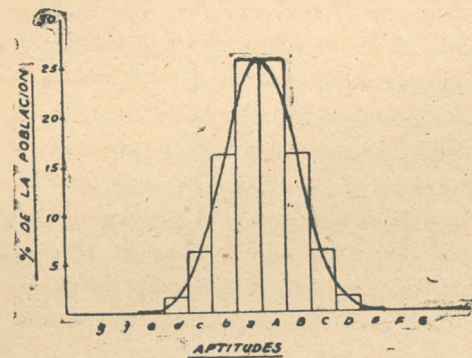


Fig. 2.—Curva de frecuencia de las aptitudes según Galton

Pero hay más. Aunque la semejanza fuera satisfactoria, esta analogía de forma no permitiría establecer ninguna conclusión relativa a una causa común. Esta residiría, según el autor citado, en la selección natural que, como es sabido, provoca variaciones continuas o discontinuas (mutaciones) representables por curvas simétricas del tipo de la Fig. 2 o asimétricas.

Las mismas curvas se obtienen en los casos en que se trata únicamente de la transmisión de caracteres innatos hereditarios

como en aquellos que revelan modificaciones por influencias exteriores. Haya o no herencia de caracteres adquiridos en el curso de la evolución, las curvas representativas de las variaciones son del mismo tipo. Ziegler mismo lo admite al interpretar diversos ejemplos de variabilidad real o hipotética en plantas y animales. Cita un experimento de de Vries con frejoles ordenados en grupos según su longitud, que se traduce por una curva de frecuencia prácticamente simétrica, no obstante que "su tamaño no sólo depende de factores hereditarios, sino también del lugar y nutrición de cada planta, hasta de las condiciones de vida de la vaina aislada y de la posición que ocupa cada semilla dentro de ella".

Más adelante prevé dos casos en que por simple influencia del medio se obtiene el cuadro de la variación continua o fluctuante. En el primero se trata de cereales de la misma variedad que se desarrollan en suelos abonados irregularmente. En el segundo, de cerdos de la misma edad, pertenecientes a la misma raza y que se someten a raciones diversas (10).

5.—Ziegler, Ammon y otros autores se distinguen por sus intentos de incorporar al hombre al grupo de seres de organización relativamente sencilla, en los cuales puede explicarse el mecanismo de la transmisión hereditaria de acuerdo con las teorías de Weismann. Este biólogo excluye en absoluto la posibilidad de transmitir a los descendientes los caracteres adquiridos bajo las influencias del medio, salvo que estas logren modificar las células germinales, consideradas como portadoras de la herencia. Esta se localiza especialmente en los cromosomas.

Se da un paso más, y la aptitud en general, término cuya vaguedad excluye toda delimitación científica, se asimila a cualidades simples, como la estatura, el color de la piel, del cabello, el peso, etc. En particular, la aptitud de ganar dinero se clasifica entre estos caracteres "somáticos" y se aplican sin mayor discernimiento los resultados de la experimentación zoológica

para deducir una relación entre el repartimiento y las aptitudes. Si, además, se excluye de antemano la posibilidad de trastornos funcionales en el organismo individual que reflejan trastornos funcionales del organismo social, claro está que las conclusiones de Ziegler y su escuela son irrefutables.

Felizmente, un momento de reflexión crítica permite descubrir el doble error de partida: asimilación indebida de complejos psicosociales a cualidades simples o caracteres acentuadamente patológicos, y exclusión deliberada de trastornos funcionales de aquel complejo.

6.—Todas las tentativas de aplicar directamente al hombre los resultados de la investigación botánica o zoológica no son sino manifestaciones de ese materialismo ingenuo en que tan a menudo incurren los especialistas. Esta síntesis objetiva precipitada tiende a establecer el imperio de las ciencias inferiores sobre las superiores. Concede que los fenómenos matemáticos, físicos y químicos son específicos, mas niega que lo sean los del orden social y psicológico. "Estos últimos se incorporan, cueste lo que cueste, a los fenómenos biológicos, mediante los cuales se intenta vanamente explicarlos" (11).

En el terreno de la selección humana se olvida lamentablemente que ésta no se estudia en el gallinero o en el corral, sino en la historia de las sociedades humanas.

7.—Basta mirar en torno nuestro para convencernos de la falsedad de las conclusiones derivadas de esas teorías biológicas. Su aplicación prematura e incompleta al hombre desconoce una ley fundamental más general que las especiales de las ciencias inferiores en la escala de complejidad creciente. Es ya un lugar común que, cuanto más complejo un fenómeno, tanto más modificable; cuanto mayor sea el número de factores que concurren a determinarlo, tanto más fácil es para el hombre transformarlo.

Que el fenómeno del repartimiento no está gobernado exclu-

sivamente por una selección natural en el estrecho sentido zoológico de Weismann y su escuela, fluye de nuestro breve análisis de la curva respectiva; pero hay hechos positivos, revelados por la observación directa del mundo social que nos rodea, para demostrar la enorme influencia del medio. Ha sido otro zoólogo precisamente, especializado en genética, obligado por la naturaleza de sus pacientes investigaciones a valorar exactamente los diversos factores que determinan la selección y la herencia, quién ha llegado, a nuestro juicio, a conclusiones definitivas en esta materia (12).

Guyer observa el pequeño mundo universitario que lo rodea y medita sobre la alarma creada por algunos autores en torno a la amenaza del "sub-hombre" y sobre la necesidad de una selección humana o "eugenesia". Constata la falta de un criterio adecuado a esta selección. "Antes de iniciar una campaña de eugenesia positiva debemos fijar un standard para orientarla. Sería obrar con ligereza y precipitación aceptar como único criterio de aptitud las distinciones de clase o aun el éxito tal como lo aprecia la opinión pública de hoy día. ¿Mediremos la aptitud por la capacidad de adquirir bienes; en otras palabras, aplicaremos el "test" de la propiedad?"

En seguida rechaza el criterio que establece una jerarquía cultural en cuya cúspide se encontraría la universidad. Y aun admitiéndolo a título de mera hipótesis, reconoce, basado en las estadísticas de Davenport, que el universitario distinguido no es el producto de una selección entre universitarios. En efecto, la descendencia de esta categoría se extingue con rapidez. De 1,193 graduados sólo llegan, transcurrido un cuarto de siglo, 263 descendientes a la Universidad. En otros casos la proporción varía; pero bastan 20 ó 25 años para reducir prácticamente a la mitad a los descendientes de universitarios que pasan por el aula magna. "¿De dónde procede, entonces, se pregunta Guyer, ese torrente de juventud que invade nuestras Universidades y es-

cuelas superiores". "De una prosperidad que deja un margen suficiente en el presupuesto familiar para que hijos e hijas puedan continuar estudios superiores". Y agrega: "¿No es razonable suponer que tras de ellos hay una reserva abundante que sólo espera el toque dorado de la oportunidad? Cuando consideramos a hombres como Carlyle, Lincoln y muchos más que no eran hijos de universitarios, pese a nuestro "pedigree" académico, no podemos por menos que negar la validez de una premisa que atribuye a la variedad universitaria una especie de monopolio de superioridad innata. Al fin y al cabo, la Universidad apenas significa algo más que simple coyuntura, y encontrarla en este mundo de ajuste económico defectuoso y de accidentes de posición social es demasiado cuestión de suerte, por lo menos en América, para nimbar a los que gozan de aquel privilegio, y por esta sola circunstancia, de una aureola de superioridad congénita. No hay duda que mucho material intrínsecamente bueno dormita en las capas inferiores de la sociedad por falta de ambiente favorable para desarrollar las posibilidades latentes".

Hasta aquí Guyer. El insigne sabio angloamericano y el gran teórico de la economía capitalista están contestes en negar la continuidad de la especie en las clases superiores, sea esta superioridad de orden estrictamente económico o cultural. Su continuidad histórica no es, pues, el resultado de una selección natural simple, sino del concurso de factores sociales.

Resumiendo, en el extremo inferior de la sociedad no hay selección, pues "la miseria envilece tanto a los buenos como a los malos". Sigue una clase en que se manifiesta una selección de tipo zoológico espartano, con gran mortalidad infantil, y en que la lucha por la vida presenta aspectos degradantes. En el extremo opuesto superior tampoco se observa selección. Ya hemos indicado, según Pareto, las razones probables de este fenómeno.

La exigencia idealista implícita en el materialismo histórico,

que impone como término del proceso dialéctico la supresión de las clases, guarda perfecta armonía con las exigencias de una selección humana racional.

La curva de repartimiento se modificará. Desaparecerán las alas extremas y sólo permanecerá la zona intermedia.

Los elementos suprimidos como clase pasan a engrosar esta zona, que asume la forma ideal *c-f-s*. Esta se aproxima a la que se obtiene cuando los fenómenos se manifiestan como si obedecieran al azar. Estos casos corresponden a órdenes que excluyen la acción sistemática de fenómenos heterogéneos perturbadores. Los fenómenos se abandonan a sus leyes propias.

Equidistante del utópico igualitarismo ascético y del capitalismo con su triple categoría de factores de perturbación: interés del capital, renta de la tierra y violencia organizada, el socialismo realizará su síntesis libertadora.

También en el terreno de la selección humana el socialismo representa un salto del imperio de la necesidad al de la libertad.

BIBLIOGRAFIA

- (1) *H. E. Ziegler*: Teoría de la herencia en biología y en sociología. Jena, 1918, pág. 330.—(2) *H. E. Ziegler*: 1. c. pág. 330, seg. O. Ammon: El Orden Social, 3.^a ed. Jena, 1900.—(3) *Vilfredo Pareto*: Manual de economía política, 2.^a ed. Paris, 1927, pág. 386.—(4) *V. Pareto*: 1. c. pág. 386.—(5) *Edmond Perrier*: Eugenesia y biología, en Eugenesia y selección, serie de conferencias de diversos autores reunidas en un volumen. Paris, 1922, pág. 7.—(6) *V. Pareto*: 1. c., pág. 387.—(7) *H. E. Ziegler*: 1. c., pág. 331.—(8) *H. E. Ziegler*: 1. c., pág. 314.—(9) *H. E. Ziegler*: 1. c., págs. 217-18.—(10) *H. E. Ziegler*: 1. c., pág. 225.—(11) *P. Laffitte*: Curso de filosofía primera, t. I. Paris, 1928, pág. 25.—(12) *Michael F. Guyer*: Bien Nacido, (Being well born, an introduction to Eugenics) Indianapolis, 1916, págs. 304-5-6. Sobre la obra científica de Guyer véase *H. E. Ziegler*: 1. c., págs. 71, 96, 132. L. Cuénot, en memoria presentada al Segundo Congreso Internacional de Eugenesia, celebrado en N. York en sept. de 1921, ha destacado la importancia de las investigaciones de Guyer. Esta memoria está incluida en el volumen Eugenesia y selección citado.

Jef Last

TESTIMONIO HOLANDES

Los sucesos de España han tomado hoy un giro tan trágico que siento necesidad de agregar mi propia opinión sobre el curso de los acontecimientos como corolario de las pruebas y experiencias en que ha tenido origen. Lo cual, no obstante, me plantea un problema difícil. Porque mientras se trata de hablar del ejército popular y de su transformación, del coraje de los camaradas en las trincheras, del sufrimiento de la población civil, de las crueldades del enemigo, de las realizaciones magníficas del gobierno en el dominio de la cultura o del milagro de las fuerzas latentes que se hicieron activas en el pueblo español, me siento capacitado, pues me dí con todo ello y lo he vivido. Pero cuando se trata de la situación política, ya es otra cosa. Creo que no les será difícil imaginar lo aislado que está el oficial del frente en su puesto y la parquedad de sus informaciones sobre los hechos de guerra que acaecen solamente a unos cuantos kilómetros de distancia. Las novedades del exterior le llegan gota a gota a través de periódicos censurados que no recibe sino muy irregularmente, en tanto que su opinión es influenciada en forma innegable por la composición política de la unidad con la que está obligado a vivir. Su imagen del mundo es producto de lo que ha escuchado o leído al azar, faltándole tiempo para una investigación sistemática lo mismo que para un control riguroso de los diferentes rumores. Por eso me he limitado hasta ahora, en todo lo que he escrito o dicho, a lo que he visto con mis ojos. Si a pesar de ésto, me he formado una opinión de conjunto, me doy cuenta que esta opinión no representa un valor esencial, pues ella está aún sujeta al control de los detalles. Yo no me hallé, como tantos periodistas, en el centro de los sucesos, y no he podido observarlos más que a la manera del hombre común y con los ojos del soldado de las trincheras. Cierito que en compensación les lle-

vaba a aquéllos algunas ventajas. Yo leía y comprendía bastante bien el español y más tarde llegué a compenetrarme igualmente de los periódicos catalanes. He convivido asimismo con familias obreras de todos los matices y encontrado en la Alianza a intelectuales y artistas españoles de todo pelaje. En la Gran Vía me topé con corresponsales de diarios extranjeros. En ocasiones fui huésped de la delegación rusa en el Gailord, y durante el congreso internacional de escritores en Madrid, sostuve largas conversaciones con eminentes figuras europeas y sudamericanas. Sin embargo, no es en intelectual, sino en soldado del frente como quiero hablarles. Y aun es preciso que deje constancia ante todo del contraste entre el frente y la retaguardia, así como de la inmensa indignación causada por la política de la retaguardia entre los hombres del frente. Con razón o sin ella, los soldados tenían el convencimiento de que cuántos eran sinceros en sus ideales habían partido en seguida al frente y de que las disensiones políticas de la retaguardia eran exageradas y mantenidas por los políticos que en ello encontraban al mismo tiempo que la razón de su existencia, la oportunidad de no ser enviados al frente.

Los contrastes políticos originales eran borrados cada vez más por la vida común en el frente, quedando sólo la voluntad de vencer, de suerte que se podía expresar el estado moral de los soldados del frente con las palabras de Durrutti: "Si es necesario, estamos dispuestos a perder todo menos la guerra".

Los hombres en las trincheras constituían el pueblo mismo. Eran simples obreros, campesinos y pequeños burgueses españoles, pertenecientes a tal o cual partido, pero sin comprender o conocer efectivamente el programa. Si uno miraba detrás de las divisas que se atribuían, no se hallaba ningún sistema económico o político, sino exclusivamente un número de anhelos razonables y generalmente humanos. Estos anhelos se definían mucho menos por los intereses económicos directos de lo que se acepta generalmente. *El obrero cuyo fin es llegar a vivir como un pequeño burgués no se dejaría, durante meses y meses, comer por los bichos en las trincheras.* El obrero que sólo desea mejorar su vida, no estaría dispuesto a arriesgar todos los días esa vida. El que pretendiera conquistar a la juventud especulando únicamente con su necesidad, su diversión o su bienestar, perdería a esa juventud, pues ella no puede probarse su valor a sí misma y a los otros más que sobrepasando sus intereses por el coraje y el sacrificio. El odio de toda una juventud a cierto

pacifismo "razonable" se explica por la especulación de los pacifistas con su miedo y con su cobardía. Es así que un joven de valer coceará contra el aguijón cuando su padre trate de demostrarle razonablemente que el comercio responde mejor a sus intereses que la profesión de artista, que no le dará para comer todos los días. Sin duda, el obrero español esperaba que después de la victoria su familia sufriría menos el hambre y estaría mejor alojada que antes y tendría mejores perspectivas para el porvenir de sus hijos. Pero el odio contra el terrateniente que estaba en su palacio rodeado de chozas, no tiene su origen, como se lo imagina el burgués, en el deseo del obrero de vivir igualmente en un palacio. (Había que oír las expresiones de algunos hijos de labradores que yo llevé a visitar un día el palacio de la Alianza). Era más bien un odio moral, producto de un sentimiento de justicia frente a la injusticia, un sentimiento que no admitía tamaña diferencia por dignidad humana. No fué porque los explotaba que los paisanos de Jaen mataron a tiros a su amo, sino porque éste siempre les había rehusado dirigir la palabra directamente, no haciéndolo más que por boca de su secretario.

Es preciso que intercale aquí una anécdota aunque sea un poco paradójal. Cuando en noviembre de 1936 nos encontrábamos en el campo de Carabanchel, suburbio semiderruido de Madrid, fuí una mañana a la casa donde nuestro capitán, Pepe, tenía su cuartel. A la entrada, por encima de la puerta, colgaba un gran cuadro representando a la República: Una hermosa mujer flanqueada por el tricolor y con un león a sus pies. Con asombro noté que estaba toda acribillada por las balas. Sin embargo, por la dirección de éstas, no podían ser del enemigo. Para salir de mi sorpresa le pregunté al capitán Pepe, un comunista de veintidós años, qué había pasado. Y sonriente, me mostró su revólver, diciéndome:

—Era necesario probar esta nueva arma.

—Pero, Pepe, ¿te has vuelto loco para tirar sobre la República?

—Bah, bah,—replicó Pepe— "esta vieja puta" no es más que la república burguesa.

Refiero esta anécdota a propósito porque ahora, después de dos años de guerra civil, es absolutamente inconcebible que un oficial pueda asumir semejante actitud. Fueron los comunistas quienes instituyeron en todas partes los desfiles ante la bandera y el saludo a los colores, y en las asambleas, sus comisarios no hablaban más que de la defensa de la República, sin mencionar nunca la revolución

social. Y lo que es más, entre las mismas tropas, esta nueva terminología hizo su entrada.

Hubo un tiempo en que la divisa comunista: "Por una República democrática, parlamentaria, de tipo nuevo", encontraba mucha resistencia entre la juventud. Como en todas partes, el parlamentarismo reclutaba sus adeptos más especialmente entre los círculos de la burguesía de izquierda, pues aparecía seriamente comprometido a los ojos de la juventud, que, como síntomas secundarios, no conocía de él más que el paro y la miseria. El deseo era una democracia más profunda que hallaba su expresión en divisas tales como: "Autonomía de las unidades esenciales, federalismo sindical, gobierno de consejos o dictadura proletaria". Ni que decir, en el ejército por lo menos, consignas de este género casi no se oyen ya ni en las conversaciones privadas y que en la terminología, hasta la restricción, "un tipo nuevo", es suprimida cuando se trata de la idea de una República democrática.

Conviene penetrar siquiera un poco la historia para explicar este viraje tan característico de la opinión.

Cuando en 1931 el rey huyó, esto implicaba todo menos una revolución social. No había tenido lugar más que el desmoronamiento de un régimen feudal completamente fracasado hasta hundirse, en su propia descomposición. El feudalismo se había mantenido en España con ayuda de la Iglesia mucho más tiempo que en ninguna parte de Europa. Constituía un freno en todo sentido. Ni la industria, ni la agricultura podían desarrollarse; las riquezas minerales pasaron a manos extranjeras, y no es por azar que en las regiones más desarrolladas económicamente (Cataluña y Vasconia) el movimiento burgués anhelaba cada vez más la autonomía. La burguesía española quería tomar al fin su puesto al sol. Pero como en la Rusia de la Gran Guerra, el desarrollo industrial había hecho ya mucho camino y la burguesía no podía tomar el poder sino con ayuda del proletariado revolucionario. No es de asombrarse pues que como el mago de Goethe, ella tuviera miedo de las propias fuerzas que desencadenaba y que uno a uno viéramos volver al seno de la reacción a los burgueses "padres de la República", un Alcalá Zamora, su doctor Marañón y hasta un coronel Franco. No hay que olvidar aquí que el pueblo español en sus capas profundas estaba aún muy atrasado culturalmente y que sobre la base de estas ideas atrasadas había desenvuelto un anarquismo romántico típicamente español. Desde luego el anarquismo tenía en Cataluña sus

doctrinas, sus organizaciones, sus periódicos y sus jefes muy capaces. Pero si un gran número de paisanos se decía igualmente anarquista, hay que admitir que su anarquía era para la mayor parte una mezcla de odio a los opresores, de sentimientos de venganza y de una fe en la felicidad digna de los quiliastas. Situándose en la extrema izquierda este anarquismo hizo en los primeros años de la República el juego a la reacción. Al no intervenir en las elecciones y rehusar por principio formar parte del gobierno, fué causa de que tomara el poder el gabinete reaccionario de Lerroux, correspondiéndole asimismo una grave responsabilidad por su indiferencia ante la revolución catalana. Todo esto hizo que los grupos marxistas, muy débiles en su origen, pudiesen encabezar, especialmente en Madrid, el gobierno proletario sobre todo, al proclamar el frente único en respuesta a un sentimiento profundo de la masa. Derivado en frente popular, esta táctica permitió la victoria en las elecciones de 1936 y la formación del gobierno de Azaña.

El gobierno, indeciso y puramente burgués, no fué desde el comienzo popular entre la masa. Lo mismo que en Francia, los partidos de izquierda en el seno del frente popular eran prisioneros del ala derecha. En el marco de la República burguesa era imposible aguardar reformas verdaderamente vitales. Se aceptaba y se sostenía al gobierno como la única coalición posible para defenderse contra el naciente fascismo; pero sus resultados positivos estaban lejos de ser satisfactorios. Así, cuando el estallido que Azaña esperaba detener con la moderación, se produjo lo mismo, y los generales violaron su juramento constitucional, el gobierno quedó en descubierto. No contaba ni con una policía, ni con un ejército para mantenerse en el poder, y fué exclusivamente el pueblo, armado a prisa, quien sin oficiales, sin planes y sin artillería derrotó a los fascistas en las principales ciudades del país, lanzándose en seguida a las montañas para detener allí las hordas fascistas. Qué mucho pues, que durante aquellos días el pueblo se creyera con derecho a imponer condiciones sobrepasando los límites moderados del gobierno original. Eran los días en que España parecía estar a la víspera de un desarrollo revolucionario y, que por tanto, la guerra podía conducirse en guerra revolucionaria. Muchos fueron lo que creyeron entonces que del maridaje del amor anarquista por la libertad individual y la disciplina comunista, surgiría en el frente y en los comités de fábrica un tipo gozoso de movimiento obrero. Y, en efecto, en las asambleas políticas, que estaban de moda igual-

mente en el ejército, parecía factible la esperanza de un acercamiento de los distintos grupos mediante tales prácticas.

Estas esperanzas no se realizaron. Es verdad que entre Durrutti y Rosenberg hubieron conversaciones concernientes a un frente único; pero como siempre, los comunistas encaraban la organización de tal modo que ellos venían a proporcionar los oficiales y los otros los soldados. No queremos acusar a nadie, mas debemos dejar constancia de que la tragedia alemana se repitió aquí. No menos que allá con los social-demócratas y los comunistas, fué imposible en España formar un frente único con los dos grandes grupos proletarios. Este hecho trágico ha prolongado la lucha en España por lo menos durante un año a costa de centenas de millares de vidas humanas y ha llevado finalmente a los fascistas a Cataluña. Desde luego, hay que admitir que era hartamente difícil encontrar una base honesta a semejante frente único. No podemos expresar mejor los contrastes existentes que dejando la palabra a los jefes de los grupos extremos.

Aun durante los mejores días de la lucha, Teruel no sobrepasó jamás los 150 kilómetros de la costa. Sobre el frente de Madrid, una entrada de 15 kilómetros podía ser decisiva. Toda detención en la industria, en el transporte o en el avituallamiento podía ser fatal. Los campesinos no favorecían los ensayos que se hicieron aquí y allá; faltaban intelectuales. Se trataba de no disgustar a la pequeña burguesía, que en España era a su modo revolucionaria por tradición. Ciertamente una intervención activa de Inglaterra contra una España soviética habría sido el fin.

Cuando se es aficionado a las hipótesis históricas puede sostenerse, sin duda, que un desarrollo revolucionario en España hubiera sido posible si en las primeras semanas se hubiera obtenido una victoria decisiva sobre el fascismo. Quizás las grandes potencias ante un hecho consumado no hubiesen corrido el riesgo de una intervención, como no lo hicieron ante los hechos consumados por las revoluciones fascistas. Una victoria semejante sobre un ejército organizado habría sido posible si junto al entusiasmo revolucionario hubiésemos dispuesto de más armas de las que Méjico nos proporcionó en los primeros meses. En otras palabras, hubiera sido posible si los Soviets hubiesen ayudado a la República con la misma audacia y el mismo descaro con que ayudaron desde el comienzo los fascistas a sus partidarios. La Unión Soviética no podía pensar en una

política semejante, en primer lugar, porque no le interesaba un desarrollo revolucionario que iba directamente contra el curso reaccionario seguido en su interior; en segundo lugar, porque la Alianza francorusa se habría roto; y en tercer lugar, porque tal política podía conducir a una nueva guerra mundial contra ella con la combinación más desfavorable de las potencias mundiales. Hay que agregar aún que la relación geográfica entre la Unión de los Soviets y España estaba dominada por Italia y Turquía que viraba cada vez más. Ciertamente que en julio de 1936 durante una visita a la U.R.S.S. nos sentimos muy indignados por la ausencia completa de interés respecto de los acontecimientos. No se los tomaba en cuenta en ninguna asamblea y cuando en el curso de una conversación privada tocamos el asunto, se evitó al parecer cuidadosamente emitir una opinión personal. Es igualmente cierto que cuando al fin, en los últimos días de agosto, los diarios dieron la consigna de apoyar a España, esta consigna fué recibida con enorme entusiasmo, por el pueblo ruso. Pero durante algún tiempo su apoyo fué puramente filantrópico como el de las organizaciones de la Segunda Internacional (*).

Jean Richard Bloch fija el 23 de octubre como la fecha en que la Unión Soviética se decidió por una ayuda más efectiva. En todo caso, el 5 de noviembre, durante la batalla decisiva de Getafe, no se podía ver ni de cerca, ni de lejos ninguna arma rusa. En aquellos días defendimos el camino de Toledo a Madrid, en una extensión de 7 kilómetros, con dos viejas ametralladoras Hotchkiss. El socorro ruso en armas no llegó hasta mediodía del 5, es decir, después que el batallón internacional detuvo el ataque de los moros en el umbral de la ciudad universitaria. Yo ví aparecer los primeros aviones de caza rusos sobre Villaverde el 8 de noviembre. Más tarde llegaron armas, aunque nunca en la misma proporción que las enviadas a Franco por Italia y Alemania, y exclusivamente a aquellas partes del frente donde la influencia anarquista fué completamente eliminada. En Aragón la ofensiva con armas modernas sólo comenzó después que el consejo anarquista fué disuelto.

Hasta entonces nos defendíamos sin artillería, sin tanques, pero con ayuda de los lanza-bombas fabricados por los anarquistas en pequeñas fraguas aldeanas detrás del frente.

(*) El primer barco que trajo ropas y víveres de la Unión Soviética, el "Komsomol", arribó a fines de septiembre, es decir, dos meses después que estallara la revolución en Barcelona. Nota del autor.

Si hubo traición en Málaga, no fué el general Asensio quien traicionó (hubo que destituirlo por lo demás), sino que fué la traición de la Unión Soviética que rehusó proporcionar armas a una provincia gobernada por los anarquistas.

Así pues si un desarrollo revolucionario era quizás comprensible todavía a fines de julio o principios de agosto de 1936, después de la batalla de Getafe, que llevó al enemigo hasta los suburbios de Madrid, se hizo completamente imposible, vistas las dificultades políticas y económicas que ello entrañaría. El crimen del P.O.U.M. no fué la traición que se le ha reprochado, sino el hecho de que tratara de forzar el desarrollo revolucionario mucho tiempo después que las condiciones para esperarlo habían desaparecido.

No hay que dejar de decir que los partidos revolucionarios españoles tras los éxitos asombrosos de Barcelona, Madrid, Valencia y Málaga, se figuraron la lucha contra el fascismo como demasiado fácil. Ellos sólo contaban con las fuerzas fascistas, efectivamente muy inferiores en España, no con la intervención extranjera. Hablando claramente, todo el pueblo armado no estaba entonces en el frente, sino más bien los partidos. Los oficiales se nombraban de acuerdo con su fidelidad partidaria, no según sus capacidad militar. Cada grupo tenía sus propias armas y periódicos. Aun durante la batalla de Getafe dos cañones de infantería no pudieron ser usados porque los anarquistas se los reservaban para su "propia guerra privada". Lo mismo los comunistas de Barcelona no dejaron llevar al frente de Aragón los tanques mejicanos. Cada partido se preparaba para la lucha por el poder después de la victoria. Sin embargo, cuando los anarquistas y los comunistas fueron muertos en igual número durante la carnicería de Toledo por los fascistas, cuando los moros arribaron a las puertas de Madrid, el peligro común soldó a unos y otros camaradas del frente. La intervención extranjera hirió el orgullo español y la frase "guerra de independencia" empezó a dominar sobre la idea de la revolución social. Las divisas revolucionarias: "dictadura del proletariado" y "Todo el poder a los soviets" se desacreditaron solas, nadie quería la dictadura de los consejos o de un partido sobre los demás grupos. Se quería ganar la guerra tan rápidamente como fuera posible y en ese sentido se anhelaba un comando único y un gobierno fuerte. Largo Caballero (*Dieses alte Gespent*, como Trotsky dijo de él un día) no era el hombre que podía satisfacer tales aspiraciones. Este antiguo consejero de Primo de Rivera no era el Lenin español por el que se lo quería hacer pasar. No era más que el intermediario carente de conducta y de ideas per-

sonales, a quien por eso podían admitir lo mismo los anarquistas que los marxistas. Durante su gobierno cometió como ministro de guerra casi todos los errores en que puede incurrir un hombre de estado. Fué el quien dejó sin fortificar la línea de Talavera. Fué él quien ocupó a los obreros albañiles de Madrid en los nuevos ministerios y en las vías del ferrocarril metropolitano, en lugar de darles directivas para la fortificación de Madrid de acuerdo con un plan central. El se apresuró a huir de la capital sin entregar el poder. El protegió y defendió a generales incapaces o traidores; y durante mucho tiempo fué él quien impidió el establecimiento de un comando único lo mismo que la movilización.

Entretanto, el partido comunista, se daba cuenta mejor que cualquier otro de las medidas que imponía el momento. Era el que tenía en proporción el mayor número de miembros en el frente. Era el que daba el ejemplo de disciplina aceptando el 10 de octubre la militarización y la incorporación de las tropas al ejército. El organizó el glorioso quinto regimiento, los batallones de asalto y las fortificaciones de Madrid. Sus "juventudes" eran la fuerza de la "Junta de defensa". Sus stajanovistas aumentaron la producción en las industrias. Disponía de figuras nobles, estimuladoras de la imaginación, como la Pasionaria, y logró crear con "Alerta" el primer tipo de un movimiento juvenil que fué algo más que un club de polemistas. Y lo que vale más, tenía aliados internacionales. En París, en el Circo de Invierno los ministros anarquistas tuvieron que defender su participación en el gobierno. En Holanda los círculos anarquistas se preguntaban si se podía continuar mirando a los anarquistas españoles como camaradas, después de que cayeron en la barbarie de defenderse, las armas en la mano, contra los fascistas. La mayor parte de los voluntarios de los batallones internacionales que pasaron de las palabras solidarias a la acción eran comunistas. Las primeras armas utilizables que llegaron a nuestras manos eran rusas o mejicanas. No eran suficientes. Los informes sobre el particular debidos a miembros de las brigadas internacionales no pueden servir de norma en la materia, pue esas brigadas fueron siempre mejor equipadas, mejor vestidas, mejor alimentadas que las brigadas españolas. Pero aún las brigadas internacionales sufrieron de una aguda falta de artillería pesada y de ametralladoras ligeras. En octubre de 1937 no teníamos aún en el campo de entrenamiento de la brigada internacional de Madrigueras más que siete fusiles para la instrucción de tiro y una sola ametralladora pesada para dos mil hombres, nada de granadas de

mano, ningún alambre de púa, ninguna cizalla, ninguna espoleta. En mi propia brigada comunista, española ésta, no recibimos las primeras granadas-huevos, cascos y máscaras protectoras hasta el mes de abril de 1937, y solamente en el mes de mayo, uniformes y bayonetas. Aun en julio el armamento sólo se componía de viejos mausers ingleses cuyos cañones reventaban a cada momento. En los regimientos anarquistas era aún peor. Málaga no se perdió por la traición de Asensio sino por falta de armas.

En Aragón se defendieron durante meses con la ayuda de los lanzabombas fabricados por los mismos anarquistas en las pequeñas fraguas detrás de los frentes. Los siete tanques de que disponían los habían hecho venir los anarquistas desde Méjico por cuenta de sus organizaciones.

En Bilbao la entrega de armas de un buque ruso fué subordinada a la toma de medidas enérgicas contra el P.O.U.M. que estaba ciertamente representado en forma insignificante. Nuestra aviación disponía de excelentes aeroplanos de caza, pero de pocos aviones de bombardeo y nuestra flota aérea fué siempre inferior en número a la del enemigo. De fuente digna de fe se me ha comunicado que después de diciembre de 1936 no hubo más envíos de armas de parte de Rusia y que es a esto que debe atribuirse la caída de Teruel y de todo lo que siguió. Los discursos de Negrin y las noticias de los diarios parecen coincidir en este punto (*).

Ciertamente la Segunda Internacional enviaba por su parte médicos, remedios y víveres. Pero los que se veían obligados a entregar en ocasiones, por falta de granadas, la aldea donde residían sus familiares, se preguntaban si esa Segunda Internacional no se había convertido en un Ejército de Salvación. El hecho de que sin el socorro ruso (por más insuficiente que fuera para vencer) se hubiera perdido, hizo nacer evidentemente entre la juventud una enorme simpatía por Rusia. No obstante la crisis del papel, el partido comunista logró extender muy hábilmente esta simpatía, distribuyendo centenas de millares de periódicos, folletos, opúsculos, films, libros, tarjetas postales.

Los anarquistas acusaron al partido comunista de haber frenado conscientemente la revolución y en eso estaban en lo cierto. El partido protegía los intereses de la pequeña burguesía y aun los in-

(*) Se ha establecido que Rusia no entregaba sino mediante el pago inmediato y en oro. Nota del autor.

tereses de los especuladores organizándolos en "sindicatos" de empleados de bancos y bolsas, comerciantes de huevos, pescado y de carne, burócratas, etc. procurándose así un punto de apoyo y de contrapeso frente a los sindicatos de la C.N.T. Por medio del stajanovismo acentuaban la diferenciación de los salarios, lo que hizo nacer un gran descontento entre la mano-de-obra. Rechazaba hasta las exigencias anarquistas razonables, como aquella del control de los obreros sobre el gobierno burgués y sus dependencias militares. Ya desde la militarización del 10 de octubre las discusiones concernientes a los problemas estratégicos fueron prohibidos a los soldados. A partir de entonces, el significado de las asambleas de soldados fué disminuyendo y, por último, la discusión política cedió su lugar a la información pura y simple a cargo de los comisarios políticos. Los oficiales que hasta enero de 1936 eran elegidos por las tropas (como en mi caso) fueron nombrados y removidos en adelante por el ministerio. Al principio la paga de los oficiales como las de los milicianos, era de diez pesetas por día, lo que, comparado al salario de los obreros agrícolas era excesivo sin duda. Más tarde fueron retenidas dos pesetas y medio por día para el vestuario y la alimentación y después los milicianos tenían que pagarse también sus timbres postales, el tabaco, los boletos del tranvía, etc. Sin embargo, al mismo tiempo el salario de los oficiales tuvo un alza formidable. Un teniente del frente recibía 200 pesetas cada diez días, un capitán 350. Y más grave todavía fué la instauración en las unidades comunistas de casinos de oficiales a los que no tenían acceso los hombres de la tropa; y—en el mismo frente—la instalación de una cocina especial para los oficiales. Cuando la asamblea de oficiales de mi batallón condenó este hecho porque como dijo Santella, no quería obligar a los soldados de las trincheras a vernos comer, un comisario político de Madrid vino a convencernos de que habíamos incurrido en una desviación de izquierda. Los soldados debían empezar a habituarse desde ya a la idea de que después de la victoria tendríamos la república democrática y no la igualdad anarquista. Con los nuevos uniformes de cuellos cerrados que había que llevar así durante los más fuertes calores del verano, hicieron su aparición los castigos disciplinarios más rigurosos para el soldado. De todo ello la décimo-primer brigada de lengua alemana fué el ejemplo admirado, sobre todo después que Renn fué substituído por Richard como jefe del estado mayor. En nuestro campo de entrenamiento en Madrigueras, comandado por Heinz,

hombre noble, valiente soldado, comunista convencido y trabajador infatigable, la instrucción era excelente y la disciplina ejemplar. Lo que hacía aún más lamentable que Heinz tuviera que seguir el ejemplo del antiguo ejército prusiano. Con esto dió pruebas de comprender tan poco la mentalidad de los españoles, holandeses y escandinavos anexados a esta brigada, como la mayoría de los oficiales alemanes. Uno de estos oficiales vino un día a quejarse. Sus catalanes eran unos saboteadores que se le reían en las narices. Parece que se había equivocado al dar una orden a sus tropas. En lugar de "Carguen armas", les dijo, "Kagen las armas", lo que en español viene a ser un reniego. Cuando yo bromeando le dije que debía alegrarse de que no lo hubiesen obedecido los soldados, apreció muy poco mi broma. "Yo vine a España a dar mi sangre—dijo—y lo menos que pueden hacer es procurar comprenderme".

A un capitán español que se oponía en nuestra reunión de oficiales al saludo que nos obligaba a llevar casi constantemente la mano al kepi en las calles de una aldehuela como Madrigueras, un teniente alemán le respondió: "Camarada, creed a un viejo revolucionario, si hubieráis tenido en España desde el comienzo la disciplina de nuestra Unión del Frente Rojo, los fascistas no habrían llegado hasta las puertas de Madrid". En otra reunión, me fué dado oír a alguien hacer el elogio de mi compañía como la mejor del batallón de instrucción; pero lamentándose ante los demás oficiales de los pocos castigos que yo aplicaba. Hasta en el terreno sexual se emulaba el neopuritanismo de la Unión Soviética. Allá donde las brigadas internacionales estaban de guarnición se clausuraban las casas públicas; los comunistas difundían la divisa: "Las enfermedades secretas significan la deserción". Los crímenes homosexuales eran castigados en Madrigueras con cinco semanas de arresto; el onanismo con tres días de la misma pena. Nuestro comisario político comunista sostenía que un comunista debía saber domar su sexualidad. Sin embargo, los soldados estaban lejos de ser todos comunistas. Y estos hombres habiendo pasado meses y meses en el frente sin ver jamás a una mujer comenzaban a sufrir de una abstinencia que dañaba mucho su moral.

Los periódicos anarquistas requisados por los comisarios políticos, en su mayor parte comunistas, no llegaban nunca a las trincheras, lo que no dejaba de ser comprensible, pues el tono venenoso y arriscado de estas hojas se volvía más contra el gobierno y contra

los marxistas que contra el enemigo, sirviendo para todo menos para levantar la moral de las tropas. En muchos sectores vimos de este modo desaparecer la influencia anarquista en el ejército, mientras que al mismo tiempo, en la retaguardia, la U.G.T. se esforzaba en congregarse en su torno a los grupos de la pequeña burguesía hasta entonces indiferentes. Proporcionalmente el número de los anarquistas decreció, mientras que el de los marxistas aumentaba cada vez más. Eliminados del gobierno, los anarquistas se decían que una victoria del mismo podía significar la completa pérdida de su influencia y su liquidación futura por los comunistas. Por otra parte, la forma en que se había desarrollado la sociedad rusa los seducía tan poco como el fascismo. Por más que temieran la derrota, no tenían ningún interés en la victoria, a lo menos en la del gobierno de entonces. Sin entusiasmo, paralizaban de ese modo la construcción de una industria de guerra en el centro industrial más importante: Cataluña. A fin de no desnivelar del todo el número de sus miembros, abrieron demasiado sus puertas a toda clase de elementos, que muchas veces sólo deseaban un carnet de la C.N.T., para defenderse de la policía secreta. Es comprensible asimismo que en la situación semilegal en que llevaba a cabo su trabajo el P.O.U.M. resultara fácil la entrada a sus filas de espías y provocadores de fraseología radical. Por lo demás, los anarquistas ensayaron retener a sus miembros exigiendo para ellos condiciones excepcionales de trabajo cuya primera consecuencia fué el alza rápida de los precios. Es comprensible que esta mala situación de Cataluña exigiera al fin una reglamentación severa. Desde el punto de vista histórico, el gobierno estaba en su derecho en lo que se refiere a los puntos principales que originaron el conflicto. Fué así tan necesario reemplazar a los guarda-fronteras anarquistas por carabineros, cuerpo nuevamente formado por el gobierno, como renovar los servicios policiales voluntarios de los distintos partidos. Era, en efecto, inadmisibles, que la central telefónica de Barcelona, que debía estar en todo momento a disposición del comando del ejército, fuese guardada por miembros armados de los sindicatos. Es igualmente exacto que la forma en que la central telefónica fué tomada por la policía, debía parecer una provocación. (El jefe que dió la orden, era comunista y fué destituido más tarde).

Pretender que el conflicto de Barcelona fué obra del P.O.U.M. me parece inexacto. En primer lugar, el P.O.U.M. no fué jamás un partido trotskista sino una combinación de tres partidos marxistas

de los más viejos, que formaron el B.O.C. (Block de obreros y campesinos de Cataluña), al que Trotsky ha reprochado expresamente su base excesivamente democrática y su "ruindad" al no querer saber nada de una IV Internacional. Es igualmente inexacto que el conflicto de Barcelona terminó con una victoria completa de las tropas gubernamentales. Terminó gracias a la intervención de los jefes anarquistas llegados de Valencia. Un hecho queda incontestable: el conflicto de Barcelona resultó en todo el país, pero especialmente en el ejército agua para el molino comunista. Todos los que se encontraban en aquellos días en las trincheras no olvidarán jamás este golpe por la espalda. La opinión general se pronunció así: "Quizás fueron provocados, pero es imperdonable dejarse provocar hasta este punto". El conflicto de Barcelona significó un golpe fatal para la influencia política de los anarquistas.

Después de los sucesos de Barcelona, se tenía la impresión de que en adelante el gobierno estaría completamente bajo la influencia de los comunistas. No somos los únicos que pudimos comprobar que ocurrió lo contrario. *Le Temps* del 11 de enero sostiene lo mismo. El gobierno tomó los acontecimientos de Barcelona como una advertencia de no ir demasiado lejos contra las organizaciones que contaban aún con la adhesión de millones de españoles. Advirtió el peligro de una coalición de estos elementos con los autonomistas catalanes, de una actividad sospechosa entonces. La escisión de la U.G.T. y el caso Largo Caballero, aunque de carácter personal más que político, aconsejaban prudencia. El desplazamiento del gobierno a Barcelona no sólo puso término a los movimientos autonomistas sin que también puso en pie la industria de guerra catalana; hizo sobre todo una fuerte limpieza en la situación política. Cuando el estado anarquista fué barrido el gobierno no vaciló en defender igualmente su independencia contra los comunistas.

El partido comunista tenía su posición más seria en la brigada internacional, donde disponía de casi todos los oficiales y comisarios políticos. El primer paso aquí fué someter completamente la brigada internacional y sus servicios al alto comando español y nombrar oficiales españoles en proporción al número de los soldados (60%). En seguida los cuadros y el estado mayor fueron purgados de toda actividad política de partido. La destitución de Alvarez del Vayo como comisario general del ejército y el reemplazo de 250 comisarios políticos comunistas de las brigadas por otros, significó un gran paso en esa dirección. Uno se pregunta como tal

política de independencia fué posible mientras se dependía de Rusia para la entrega de armas. En primer lugar, se creía que estas entregas perderían cada vez más su interés a medida que la industria de guerra en Cataluña iría creciendo. En segundo lugar, esta dependencia no dejaba de constituir un peligro para el pueblo español.

Desde el comienzo del conflicto, la actitud de Rusia no fué nunca tan clara como la de Méjico, por ejemplo. A pesar de la declaración de amor hecha a España en la Liga de las Naciones, Rusia, a causa de su amistad con Francia, se ponía, el corazón desgarrado, de parte de la tan fatal política de no intervención. Ciertamente que la Unión Soviética recobró su libertad el 23 de octubre, pero su punto de vista era tan rudamente legalista que en caso de una revolución en Portugal, por ejemplo, excluía en absoluto cualquier ayuda a los que se hubiesen levantado contra aquel gobierno dictatorial "legal". Maisky pronunció duras palabras en Londres; pero este ultimatum no tuvo consecuencias.

Hay razones para creer que los Fiats italianos quemaban petróleo ruso; por lo demás, a los aviones rusos les resultaba más fácil volar al Polo Norte pasando por encima de América que volar de Kiev a Barcelona. En Teruel también el número de los aviones gubernamentales era inferior al de los rebeldes. Durante las negociaciones acerca del llamado a los voluntarios y el reconocimiento de los derechos de beligerancia a Franco, Maisky cedió poco a poco ante Inglaterra. Es comprensible. La serie sucesiva de ejecuciones probaban una situación inestable en el interior de Rusia. El ejército fué privado de sus jefes más capaces, mientras que el peligro de guerra aumentaba día a día. La República española tenía todas las razones para ser escéptica frente a Mr. Eden, frente a los comanditarios de los fondos de Franco en la City y frente a los grandes capitalistas, dueños de las acciones de Río Tinto. Tomó la posición más cuerda: el pueblo español debía ayudarse a sí mismo.

En Inglaterra Eden, que estaba listo para vender la República española a cambio de las garantías italianas, fué reemplazado por Lord Halifax, que estaba igualmente listo para venderla, pero sin garantías de ninguna especie.

Con una protesta "humana" contra los horribles bombardeos de Barcelona, Poncio Pilatos-Chamberlain se lavó las manos en signo de inocencia y la Segunda Internacional, uno de cuyos representan-

BABEL

tes más estimados, León Blum, fué el responsable de la no intervención, descubrió el error demasiado tarde, después que Caspe había caído.

En Francia se apelaba al Frente Popular que debía protegernos, y cuando el estado mayor francés, y no el movimiento obrero de Francia, pensó en una intervención de última hora, le faltó el apoyo de su único aliado, Rusia, que por sus procesos se había decapitado a sí misma.

Los dioses empiezan por cegar a los que quieren perder. La clase obrera de Europa ha merecido su destino. Pero no lo han merecido los paisanos y obreros de España, que han combatido por nuestra libertad con un coraje sin par. Ellos cayeron por culpa de nuestra desidia. Ningún drama de ningún poeta griego equivale en grandeza a esta tragedia.

¿No queda ninguna esperanza?

Por sombría que nos parezca la situación queda siempre un punto luminoso: el de la juventud española, que se levantará otra vez cuando los últimos soldados alemanes e italianos hayan dejado el país, cuando las brechas enormes abiertas por las matanzas en masa se cierren un poco.

Por lo menos el proletariado habría aprendido algo de este horrible desastre y esto será lo válido.

El camino del saber pasa por la duda sistemática. No somos llevados a pensar realmente en un problema y a captarlo más que por la contradicción.

El carácter no se desarrolla sino en la lucha.

Estocolmo, febrero, 1938.

Leopoldo Lugones

A LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES

Tomamos de "La Torre de Casandra" (páginas 112-114), la siguiente carta de Leopoldo Lugones a los republicanos españoles de Buenos Aires, al término de la primera Gran Guerra. Aun cuando han pasado más de veinte años desde que ésta fuera escrita y recogida en libro por el ilustre autor de "El Imperio Jesuítico", creemos que ella no ha perdido su vigencia. Pues a pesar de todos los virajes, el maestro de los "Poemas Solariegos", mantuvo hasta su muerte el mismo criterio de Sarmiento y otros grandes argentinos respecto del absolutismo español en cualquiera de sus manifestaciones, según puede comprobarse a lo largo de toda su obra y especialmente a través de esta epístola.

Buenos Aires, noviembre, 7 de 1918.

Señor presidente del Centro Español de Unión Republicana, don Manuel R. Rodríguez.

De mi mayor consideración:

He tenido el honor de recibir la generosa comunicación que por el Centro de su digna presidencia se sirve hacerme, para aplaudir mi actitud ante la guerra universal y sus consecuencias.

Quiera usted creer que ese voto me es particularmente grato, por venir de aquellos españoles con quienes me siento unido por la raza y el espíritu, que vale más, sin duda, al constituir en la comunidad de los ideales *la raza humana* igual ante la libertad y la justicia.

Pues tanto como soy de esos españoles, y para mi honra, declaréme siempre enemigo de la España fanática, absolutista y germanófila, que no es creación española sino cosa austríaca: la España de Carlos V y de Felipe II, aquella de la cual abominaba Pi y Margall cuyo recuerdo evocado por ustedes constituye para mí una venenación que alimento casi desde la infancia.

Hay tres Españas germánicas que por tres veces han causado la ruina de la España española: la de los godos que la abrieron al Is-

lam con la infamia de su barbarie; la de los Austrias que la postraron en secular derrota y la arrojaron de sí misma para América y para el Oriente; y la de ahora, que funesta como siempre, se vincula al desastre, para ser menos todavía que un vencido, en la miseria más triste de su historia.

Pero así como la España española—la nuestra, pues—renació de la Covadonga genuina y retoño en la América republicana de 1810, por la cepa de los conquistadores que consigo trajeron lo mejor de la raza, espero verla recobrase, y pronto, en la democracia de los tiempos heroicos: aquella que por mano del Cid se imponía a los papas y enfrenaba a los reyes.

Yo siempre he hablado de España como un español: bien y mal. Porque así ocurre cuando se quiere de veras. No he hecho confraternidad de protocolo, para agradar mintiendo, porque esa es la más *cobarde explotación* de los sentimientos más respetables. No lo haré nunca. No he repicado sobre el famoso *Peñón* cuya conquista, conviene recordarlo, provino de una guerra dinástica en la cual fué aliada de Inglaterra toda la Alemania, y especialmente Prusia, con la sola excepción de Baviera: *guerra austriaca* por excelencia, para mayor perfección.

Creo como el gran español don Miguel de Unamuno, que el mal de España o el mayor de sus males, consiste en el engaño en que vive respecto de sí misma, y que con tanto cinismo fomentan esas alabanzas desvergonzadas cuya ingenua aceptación es un síntoma de decadencia.

Por esto, a título de argentino republicano soy republicano español y estoy con ustedes de todo corazón en nombre de la España libre.

Leopoldo Lugones

OTROS TEXTOS DEL MISMO AUTOR:

El vano sueño imperial, la carraspera conquistadora, son equivocaciones peninsulares. España no puede encabezar ningún imperio porque no es potencia en ningún dominio material ni espiritual.

Leopoldo Lugones.—*Los indólatras*, 1928.

Amar a España está bien, y perduran muchos motivos para ello; pero hacer con ello política española en América es una bajeza que reniega la obra de los libertadores y puede llegar a constituir traición.

Leopoldo Lugones.—*La doctrina de Sarmiento*, 1929.

Los Libros

“DON ALBERTO BLEST GANA”

El nombre del crítico chileno, Hernán Díaz Arrieta, que firma sus trabajos con el extraño seudónimo, en inglés, *Alone*, apenas ha trascendido los Andes. Sin embargo, quizá no se encuentre del otro lado quien ejerza el análisis de los libros en los grandes diarios argentinos con igual dedicación y perseverancia. Claro que junto a estos méritos extraordinarios, *Alone* posee defectos muy comunes. En un momento dado es capaz de transar con la ordinariéz mental de un Queipo del Llano o con la de esos que se consideran a sí mismos *self-made man* y son hechura acabada de la clase dominante a cuyo servicio están. Pero en general, *Alone*, suele ser un hombre de buen gusto y un crítico apasionadísimo.

No obstante, haber publicado a lo largo de su carrera literaria más de un millar de artículos del más diverso carácter sobre libros chilenos y extranjeros, sólo ha reunido en volumen, diez años atrás, bajo el título de “Panorama de la literatura chilena del siglo XX”, el estudio de conjunto que escribiera para cierto periódico de Madrid. Este librito, una breve novela de clave, “La sombra inquieta”, un extenso ensayo sobre Proust, que sirve de prólogo a una selección española de las mejores páginas del gran novelista francés, y otro opúsculo con notas acerca del epistolario del ministro Portales, forman toda la bibliografía de *Alone* hasta la fecha, salvo error u omisión.

En verdad, “Don Alberto Blest Gana, biografía y crítica”, viene a ser por sus proporciones y el tema la obra fundamental de *Alone*.

Confesamos haber abierto este libro con más interés por el escritor vivo que por el muerto. De ahí que empezáramos por decir algo del crítico. A pesar de cuanto éste sostiene en contra, el novelista Blest Gana no está menos en sus novelas que el biógrafo

Alone en su biografía. Para conocer verdaderamente a aquél será siempre necesario leer: "Martín Rivas", "El Loco Estero", "Durante la Reconquista"... A través de *Alone* sólo es posible conocer indirectamente al señor Hernán Díaz Arrieta, que en ocasiones se ocupa en español de libros ingleses traducidos al francés.

Este hombre escéptico con una visión dualista del arte y de la vida y un concepto hedónico de la literatura, que considera como simple entretenimiento, se nos presenta tal cual desde las líneas iniciales de su libro, para no decir desde su seudónimo. Temeroso de los propios métodos que adopta resignado, "mientras no vengan luces superiores o se descubran otros caminos" considerando que "todos los análisis atávicos, psicológicos y sociológicos, aunque hechos con la mayor ciencia, apenas constituyen medios de conocimiento preferibles al horóscopo lengendario", el crítico inseguro de todo, señala sin embargo, que tratándose de un escritor, "la obra representa el fruto importante y concreto y lo demás son los accesorios del árbol, la tierra, el aire y las aguas, en ningún caso condiciones necesarias y suficientes de aquella que es y será suma y compendio del fenómeno mismo, clave mercedora de la atención máxima".

Tal concepto no entraña sólo un párrafo excesivo y retórico, sino que es consecuencia lamentable de toda una visión errónea que contradice la propia obra de Blest Gana y hasta el mismo *Alone* en los momentos más felices de su interesante evocación.

Hacemos hincapié en ello de entrada, porque el abismo que establece el crítico entre el hombre y el escritor no lo justifica ni siquiera en el último capítulo, al sostener abiertamente que "en realidad hay dos Alberto Blest Gana: uno el individuo, otro el artista público". (Subrayamos una vez más nosotros). La mera confrontación ocasional de ambos—el hombre y su obra—no llega ciertamente a soldar la estructura de la biografía. De suyo ésta queda reducida a las cien primeras páginas del volumen que tiene en total con el Apéndice y la máquina erudita final cerca de trescientos cincuenta. Pero estas cien páginas iniciales constituyen, sin duda, lo mejor del volumen; el libro propiamente dicho sobre Don Alberto Blest Gana, fundador de la novela criolla en Chile después de promediar el siglo XIX. Puede discutírsele a *Alone* tal o cual afirmación caprichosa o exagerada a propósito de una que otra idea "hecha", pero no puede dejar de reconocérsele el acierto parcial con que relaciona en el capítulo VI la realidad circundante de Blest Gana con "los sueños" del escritor que son también vida y acción

para nosotros. Lástima que *Alone* no enajalara por ahí un capítulo previo sobre la magnífica eclosión del novelista de "La Aritmética en el Amor", "Martín Rivas" y "El Ideal de un Calavera" como lo hizo a su tiempo sobre el estudiante y el militar. Desgraciadamente, el biógrafo se limita a considerar esta hazaña impropia del escritor como "uno de los tres pasos decisivos" de Blest Gana. Los otros dos son su retiro del ejército y su casamiento...

Alguien ha dicho que la anatomía presupone el cadáver. Parfraseándolo, podemos afirmar que para *Alone* la crítica es aquí obra póstuma... Porque no vuelve sobre el escritor hasta después de dejarlo muerto en París. Ciertamente Blest Gana deja de producir por lo menos durante un cuarto de siglo. Con todo, cuánto alcanza a ser como funcionario y diplomático—y que tan minuciosamente nos relata *Alone*—tiene profundas raíces en su formación social chilena. ¿No se lleva acaso de Chile los apuntes de la que se considera su obra maestra? ¿Y "El Loco Estero", no nos ofrece los recuerdos de su niñez santiaguina? De enfocarlo *Alone* también como un todo orgánico, su "Don Alberto Blest Gana", sería mucho más animado y de veras el mismo entre comillas que sin ellas. Supremo elogio, tan difícil de merecer en la biografía real como en la imaginaria. Mas debemos juzgar el libro de *Alone* como es y no como pudo ser o nos hubiera gustado que fuera. Por tanto, hablemos separadamente de don Alberto Blest Gana como escritor, adaptándonos a su crítico.

Alone empieza la segunda parte de su libro con un panorama sumario del género novelesco desde la Antigüedad y una apreciación didáctica del autor de "La Comedia Humana" para concluir: "En América, Honorato de Balzac tuvo un hijo directo, de filiación indiscutible, declarada por el propio interesado"... Es mucho. Más exacto resultaba poner en Chile y no en América. Sólo un crítico del Norte puede decir tanto y con verdadero fundamento, al referirse por ejemplo a Teodoro Dreiser. Y quién sabe, porque tampoco es único en nuestro tiempo, aunque alcanza sí, una gran trascendencia americana.

En cuanto a la declaración del propio interesado: "... desde que un día en que leyendo a Balzac, juré ser novelista", de ningún modo significa que resolviera serlo a la Balzac. Por otra parte, no basta con la resolución... Hay que tener otra cosa.

Desde luego, es innegable que la obra de Balzac ejerció influencia sobre Blest Gana. Pero de ahí a considerarlo un hijo legítimo

del genio novelístico francés en América, media alguna distancia... En general, esta costumbre que tienen los críticos de hablar de un Balzac chileno o de un Tolstoi argentino, carece de asidero lógico. Porque ateniéndonos a dichos ejemplos, con ser tan francés el uno como ruso el otro, los dos son igualmente universales. Y ningún Balzac chileno ni Tolstoi argentino alcanza semejante categoría. Así que tal sistema comparativo, lejos de significar una alabanza, entraña a la postre un rebajamiento.

Lo que importa es que cada cual, grande o pequeño, sea lo que realmente es, no lo que parece por aproximación a un modelo deslumbrante. Desde la invención de la imprenta todas las llamadas obras maestras están a disposición de todo el mundo en las bibliotecas públicas. Pero no por eso cualquiera puede emularlas.

Alone afirma entre otras cosas peregrinas que los "Orígenes de la Francia Contemporánea" y la "Historia de la Literatura Inglesa" forman el talento de Emilio Zola "porque a su vez en estas obras, Taine, aplicaría la técnica del novelador". (Balzac).

No es el caso de intentar una réplica de todas las disquisiciones por el estilo, con que el crítico rellena su obra biográfica hasta el fin. Para nosotros lo esencial es la existencia misma de un Balzac, de un Flaubert, de un Zola. Hombres extraordinarios como tal vez no existieron antes de ellos. Y volviendo a Blest Gana y a Chile, podemos comprobar, que *Alone* da menos importancia al individuo, a su carácter, que a lo que hace de acuerdo con tal o cual escuela literaria. Lo aprueba invariablemente dentro de la realista y lo condena siempre dentro de la romántica. Como si no se pudiera escribir una obra perdurable según los cánones de esta última. *Alone* mismo cita el "romance imperecedero" de Jorge Isaacs.

La constante referencia a novelistas con los cuales, como ya dijimos, Blest Gana no guarda proporción por falta de trascendencia humana, lo lleva a *Alone* a comentar una página doméstica de "La Aritmética en el Amor" en los siguientes términos:

"Es un cuadro jocundo a lo Dickens, y profundamente chileno, de la mejor cepa".

Más feliz nos parece el crítico cuando establece vínculos sutiles entre la formación del autor y su literatura o entre su estilo y su temperamento.

Un ejemplo de lo primero nos ofrece al decir:

"Blest Gana disponía de los planes y manejaba los incidentes de las aventuras imaginarias con una precisión de cálculo que revela

habilidades tácticas sin duda aprendidas en la Escuela Militar... Nunca tuvo ocasión de utilizar en otro campo esa ciencia guerrera".

Un ejemplo de lo segundo, surge del siguiente comentario que hace a propósito de ciertas recomendaciones pomposas que le brindara a Blest Gana *pro domo sua* un contemporáneo:

"No oyó, afortunadamente, tales consejos el novelista: iban contra su índole, y contra la corriente de la época".

De haber procedido siempre con igual penetración, *Alone* habría logrado una biografía valiosísima, capaz de atraer la atención no sólo del público chileno por razones patrióticas, sino de todo el continente por imperio del arte y de la buena literatura. Así con la división ya señalada entre el hombre y el escritor y la defensa del procedimiento en una "Conclusión" a la que sigue todavía un larguísimo "Apéndice" donde se repiten algunas observaciones y gran parte del material extractado con anterioridad, el libro resulta un poquito pesado. *Alone* explica graciosamente el exceso, diciendo: "Al fin uno pertenece a un país de historiadores". Quizá se deba también a que el autor escribía su obra para optar a un premio académico que efectivamente obtuvo. Tal preocupación perjudica siempre a una obra de arte. Fuera de que es científicamente vana cuando aparece unida a un afán nacionalista como en este caso.

Según *Alone*, "Chile debe a Blest Gana el poder considerarse incluido en el movimiento literario del mundo durante el siglo XIX". A nuestro parecer, esto no se consigue de veras si no se logra en la escala mundial como en el box, el tennis o el ajedrez... Y no se nos diga que esto es pedir demasiado. En la *bárbara y atrasada* Rusia lo han logrado en el tiempo de Blest Gana precisamente: Turgueniev, Tolstoi y Dostoievsky, para citar sólo a los más grandes entre los grandes novelistas universales. ¿Por qué había de ser imposible en un país remoto de la América del Sur? En la del Norte están: Hawthorne, Melville, James (Henry). El propio *Alone* que no deja de anotar algunas menguas del novelista chileno, llega después de todo a decir de Blest Gana: "No alcanzó ciertamente a rebalsar el territorio patrio y será preciso abstenerse de compararlo a escritores universales". No es mucho, que le pidamos que predique con el ejemplo. Encuentra razonable que Unamuno prefiriese a Sarmiento. Sin embargo él encomia la "chilenidad" de Blest Gana, hartamente discutible desde un punto de vista riguroso. Basta recor-

dar las palabras de la propia hija del novelista que *Alone* transcribe en el Apéndice:

"Teníamos profesoras inglesas y gobernantas de toda clase. Aprendíamos música, idiomas, danzas, de todo, menos español. Mi padre nos hablaba en francés o en inglés".

Alone defiende calurosamente el patriotismo del diplomático Blest Gana; pero al respecto vale la pena recordar una frase de Juan de Mairena que cuenta su entrañable biógrafo, Antonio Machado, de grata memoria siempre.

"Los que os hablan de España—dice el poeta—como de una razón social que es preciso a toda costa defender en el mercado mundial... podrían merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; pero no el de buenos españoles".

No podemos negar que Blest Gana fué un gran patriota después de su salida de Chile para no volver jamás sino a través de una "grande evocación patriótica". Pero en ese sentido le sobran hoy émulos. *Alone* poco dice sobre este curioso fenómeno. Se limita a las frases de escarpela que ahora usan hasta los "comunistas amaestrados". El olvido en que cayó la obra de Blest Gana a principios de este siglo en su país hasta el punto de que el novelista se pagaba las reediciones de sus antiguos y tan leídos libros, nada le sugiere al crítico. Continúa creyéndolo único y anterior a todos los demás creadores del continente. Esto por más halagador que sea para los patriotas de toda laya no deja de estar reñido con la verdad. También en otros países de Hispanoamérica se produjeron a mediados del siglo XIX novelistas nacionales según el modelo de algún gran europeo. En Buenos Aires podemos citar el caso de Eugenio Cambaceres "discípulo de Zola", tan desconocido en Chile como Blest Gana en la Argentina. La diferencia está en que Cambaceres no ha encontrado todavía un biógrafo como *Alone*, pues si existen del otro lado muchos críticos con los defectos del chileno ninguno tiene sus virtudes. Es lo que insinuamos al comienzo y lo que no podemos dejar de suscribir finalmente. Porque en resumen, a pesar de todo lo que puede objetarse a *Alone* y a su "Don Alberto Blest Gana", se trata de un autor, y de un libro extraordinarios. Y no son por cierto numerosos ni aquí, ni allá las críticas de tanta envergadura y que muevan a la discusión de tantos problemas como los que anotamos al margen de esta biografía.

E. E.

El próximo número de

babel

estará dedicado íntegramente a

León Trotsky

Colaborarán en este número extraordinario dedicado a honrar la memoria de

León Trotsky

Augusto d'Halmar, Prof. Alejandro Lipschütz, B. Sanín Cano, Ernesto Montenegro, Manuel Rojas, Laín Díez, Enrique Espinoza, Luis Franco, Hernán Gómez, Ciro Alegria, Héctor Raurich, Francisco Zamora, Edmund Wilson, James T. Farrell, Ignacio Silone.

Además publicaremos varios artículos inéditos en nuestro idioma sobre Ciencia, Arte, Historia y Literatura de

León Trotsky

Suscribase a la revista

b a b e l

EN CHILE:

Precio del número \$ 3.00

Suscripción a 6 números . . . 15.00

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,20 oro/a

Suscripción a 6 números 1 dólar

(o su equivalente en cualquier moneda)

Sr. Carlos George Nascimento

Calle Ahumada 125

Santiago-Chile

Acompaño la suma de \$ en

para que me suscriba a la revista Babel desde el número hasta

el número

.....
Domicilio

.....
Nombre y apellido

Toda la correspondencia al Director dirijase a Delicias 2555

b
a
b
e
l

14